



CARTA PASTORAL

CUARESMA 2012

“PRESENTES EN MEDIO
DEL MUNDO”

Mons. Julio Parrilla Díaz
Obispo de Loja en el Ecuador

LOJA
(ECUADOR)
FEBRERO, 2012

INDICE

INTRODUCCION

- Vivimos en medio del mundo.
- Creyentes comprometidos.
 - Una clara referencia institucional con profundo sentido profético y ético.
 - Un claro tejido de presencia comunitaria.
 - Hombres y mujeres convertidos al evangelio y decididamente comprometidos en la transformación del mundo.
- Con fe renovada.

1. LA SOCIEDAD EN QUE VIVIMOS.

- a) Algunos elementos importantes del cambio social y cultural.
- b) Y, sin embargo, encontramos algunas fortalezas.
- c) Y, también algunas necesidades.

2. ES LA HORA DE UN NUEVO COMPROMISO EVANGELIZADOR.

- a) La Iglesia, enviada toda ella a evangelizar.
- b) El laicado en un mundo secular.
- c) Identidad y misión del laicado.
- d) Tres aspectos fundamentales de la misión laical.

3. DESAFIOS PARA NUESTRA IGLESIA PARTICULAR.

- a) Profundizar el perfil de un laico comprometido con su fe eclesial.
- b) Cultivar una auténtica espiritualidad laical.
- c) Nos urge en la Diócesis el cuidado de la pastoral matrimonial y familiar.
- d) Participar en una vivencia eclesial y apostólica asociada.
- e) La atención de los diferentes ambientes y destinatarios.
 - o El mundo rural.
 - o Los jóvenes.
 - o El mundo de los pobres y marginados.
 - o La cultura de la solidaridad.
 - o La formación permanente.



CARTA PASTORAL – CUARESMA 2012 “PRESENTES EN MEDIO DEL MUNDO”

Mons. Julio Parrilla Díaz,
Obispo de Loja (Ecuador).

INTRODUCCION

El próximo día 29 de diciembre del presente año 2012, nuestra Iglesia Lojana cumplirá **150 años de vida diocesana**. Han sido 150 años de fecundidad en la fe de un pueblo bendecido por Dios y por la soberana presencia de la Virgen del Cisne. En esta Iglesia, rica por su historia y por su fidelidad a Jesucristo, Nuestro Señor, nos toca hoy a nosotros peregrinar en la fe y transmitirla a los hijos y a los nietos.

El Santo Padre Benedicto XVI ha declarado el año en curso como “**Año de la Fe**”. Se juntan, por tanto, dos grandes acontecimientos que tenemos que integrar en una única experiencia de amor y de fidelidad. Los lojanos no sólo somos deudores de pasado. Vivimos el presente de nuestra Iglesia con decisión y con profunda fe. Estos 150 años nos han hecho mejores, pero tenemos que cuidar todo lo que amamos...

Vivimos en medio del mundo.

Vivimos en medio de un mundo inestable y confuso. Los cambios culturales que estamos viviendo (especialmente las jóvenes generaciones) no siempre nos permiten vivir la fe de forma estable y clara. Muchas de nuestras certezas y de nuestros planteamientos morales quedan cuestionados por un fuerte relativismo que crece y se afianza en función del éxito económico y del bienestar personal. Es triste decirlo, pero en función de la llamada libertad individual, el hombre se hace creador del bien y del mal, concentra egoístamente la atención sobre sí, sustituye la norma moral con el propio deseo y con la búsqueda del propio interés.

En medio de un mundo tantas veces ajeno a los valores del Evangelio (algo que experimentamos todos los días en nuestra vida cotidiana) nos toca vivir la fe en Jesús, construir su Reino y trabajar por la justicia. Es decir, nos toca, como en los primeros tiempos de la aventura apostólica, evangelizar un mundo no sólo alejado sino indiferente. Es algo que contemplamos a nivel planetario, algo que no es ajeno a la cultura de cambio que, sobre todo en los ambientes urbanos, afecta también a nuestra realidad lojana.

Hoy, nuestro mundo lojano sigue dependiendo, en gran parte, de una estructura de vida y de una mentalidad rural que, todavía, sostiene muchos de nuestros valores y de nuestros imaginarios sociales y religiosos. Pero la cultura del consumo, del individualismo, del hedonismo, se hace cada día más presente en nuestro medio.

Por otra parte, el mundo oficial tiende a ubicar el papel de la Iglesia en los ámbitos de la privacidad, reduciendo la presencia eclesial al espacio del culto, del templo, de la conciencia personal. Así, muchas de nuestras tradiciones religiosas, propias de la piedad popular, son reducidas a un fenómeno de valor ancestral, cuando no turístico.

A pesar de todo ello, la vitalidad de nuestra Iglesia es evidente. Loja mantiene un alto índice de vocaciones al ministerio y a la vida consagrada, los movimientos apostólicos laicales aglutinan a un gran número de fieles, la pastoral juvenil y la vocacional inciden positivamente en los jóvenes de nuestras parroquias urbanas y rurales, las familias siguen siendo un referente fundamental en la transmisión de la fe y, sobre todo, la devoción a la Mamita Virgen del Cisne sigue siendo algo vertebral en nuestra vida de fe.

Creyentes comprometidos.

En medio de un mundo y de una Iglesia que tienen sus luces y sus sombras nos toca vivir nuestra fe cristiana. Nos corresponde a todos hacer la parte que nos toca para sostener la vida y la fe de nuestros hermanos y de nuestras comunidades y para transmitirla a las nuevas generaciones. De aquí la necesidad de construir una Iglesia presente en medio del mundo, de este mundo que es el nuestro y que, más allá de las dificultades del momento, representa una gran oportunidad. La representa, sobre todo, para el mundo laical, el de nuestros fieles, de tantos hombres y mujeres buenos que en la vida de familia, en el trabajo, en la participación eclesial, en la tarea educativa, etc. luchan cada día por ser fieles al Señor Jesús.

Los laicos que participan en la vida de las parroquias, así como en los movimientos laicales o en los distintos procesos catecumenales de iniciación en la fe, están hoy llamados, por los principios de participación y de corresponsabilidad, a ser constructores de una Iglesia de comunión y de servicio humilde que testimonie, evangelice y transforme la realidad. Ese compromiso de transformación desde dentro, desde la autonomía secular de las realidades temporales, especialmente en el mundo social, económico y político, les corresponde a ellos de manera privilegiada.

A nivel global, en lo que afecta a la comunión eclesial, a la pastoral de conjunto, a la responsabilidad en las tareas eclesiales, la Iglesia debe de promover la participación de los laicos, cuidando de su espiritualidad, de su formación, de su compromiso y de su fraternidad.

Ello reclama algunas cosas:

- ***Una clara referencia institucional con profundo sentido profético y ético.***

A todos, a la jerarquía y a los fieles, a los presbíteros y a los consagrados, se nos pide un claro sentido de pertenencia eclesial. Evidentemente, no basta con afirmar el principio, es necesario participar de las iniciativas parroquiales, diocesanas y nacionales, dando así la imagen de una Institución alimentada por la savia de la comunión eclesial.

En medio de un mundo distraído por los intereses inmediatos (sociales, políticos o económicos), la Iglesia tiene que ser una referencia de comunión, profética y ética. Hoy, más que nunca, en medio de una sociedad anestesiada por los valores del consumo y de la sumisión, tenemos que decir una

palabra de aliento, de denuncia, de contraste y, sobre todo, tenemos que afirmar la fuerza liberadora de Cristo.

Todos sentimos la necesidad de reformas, todos pedimos justicia y equidad, clamamos por un proyecto político democrático e incluyente, por una economía solidaria planteada desde la centralidad de la persona y del bien común... Pero todo esto sólo será un deseo si no cambia el corazón del hombre, si su conciencia se prostituye y se aleja de la moral.

La Iglesia tiene que ser decididamente una referencia moral que ponga el dedo en la llaga de un mundo deshumanizado y ajeno al plan de Dios. Y esta es también la función de un laicado comprometido desde la fe.

- ***Un claro tejido de presencia comunitaria.***

Los laicos no pueden ser "francotiradores", hombres y mujeres que, a pesar de un claro compromiso a favor de la Iglesia, del prójimo o de la justicia, alimenten la imagen de un mudo individualista, de una Iglesia fragmentada... La participación eclesial pasa por un aporte claro a la vida de la parroquia, por la organización comunitaria, por la creación de redes solidarias, por el ejercicio de una caridad orgánica, por formar parte de comunidades de base, de grupos y movimientos apostólicos.

Esta realidad tan rica y siempre plural desde los dones del Espíritu y desde las exigencias de la historia, es preciso vivirla en profunda comunión eclesial, en torno al Pastor, a los Planes Pastorales Diocesanos, a la vida concreta de nuestras Iglesias Particulares.

El mundo de los laicos (como el de los clérigos) no puede ser un mundo aparte. Formamos, por gracia de Dios, una única Iglesia, plural en dones y carismas, pero siempre unida en torno al Señor.

- ***Hombres y mujeres convertidos al evangelio y decididamente comprometidos en la transformación del mundo.***

Sería una ingenuidad pensar que podemos seguir al Señor si no hay en cada uno de nosotros una profunda conversión al evangelio. La Palabra de Dios está metida en el corazón de la Iglesia, en la liturgia, en la *Lectio Divina*, ilumina la vida y el discernimiento de los cristianos. La Exhortación Apostólica "*Verbum Domini*" nos recuerda que la Palabra nos introduce a cada uno en el

coloquio con el Señor: el Dios que habla nos enseña cómo podemos hablar con El (VD, 24). Algo que es imposible si no abrimos la mente y el corazón a la acción del Espíritu Santo. *"La fe nace del mensaje"* (Rm. 10,17). En la medida en que conocemos y amamos el Evangelio, la Palabra nos irá introduciendo en el mundo de la conversión y de la fe.

Los cristianos tenemos que ser hombres y mujeres de la Palabra. Ella tiene que iluminar nuestra vida, haciéndonos creyentes y creíbles en medio del mundo. Lo cual significa que tenemos que comprometernos en su transformación. No podemos separar el corazón herido del hombre (herido por el pecado) de las estructuras injustas que esclavizan la vida su vida.

Si somos cristianos no podemos vivir ajenos al dolor de nuestros hermanos. El mundo en el que vivimos (también nuestro mundo ecuatoriano) rezuma demasiada violencia e injusticia, comporta abundantes sufrimientos, refleja muchos antivalores que hacen que nuestra sociedad viva lejos del plan de Dios. En este campo yermo tenemos que sembrar la esperanza y anunciar la salvación. Gracias a Dios, no faltan signos de su presencia, precisamente en la vida de tantas personas buenas y comprometidas con el Evangelio.

Con fe renovada.

En el año de la fe nos toca especialmente interrogarnos *"¿por qué soy cristiano?"*. La pregunta no debe de asustarnos... De hecho no nacemos cristianos, sino que nos hacemos cristianos, o mejor aún la Gracia nos va haciendo y nosotros vamos respondiendo desde nuestra libertad. Hoy, más que nunca, lo que se nos pide es realizar un encuentro salvador con Jesucristo siempre vivo. La fe no es un hecho cultural sino una gracia. Y este cuestionamiento tiene que ayudarnos a ir a lo esencial de nuestra fe cristiana, identificándonos con Jesús de forma más libre y consciente. Benedicto XVI, citando a Tertuliano, nos insiste en que Cristo no es la costumbre, sino la verdad.

Ser cristiano consiste en identificarse con Cristo y vivir en El. Ciertamente, esta vivencia se realiza en el espacio y en el tiempo. Y en *"este"* espacio y en *"este"* tiempo tenemos que ser cristianos, atentos siempre a los nuevos escenarios en los que la fe se encarna. Tenemos que descartar una huida hacia atrás, refugiándonos en integrismos o nostalgias de tiempos pasados, tanto como un escape hacia delante, pensando que la acomodación a la mundanidad pueda salvarnos de las posibles crisis de fe.

El que está en Cristo es una criatura nueva (2Cor. 5,17). Y este es siempre el milagro de la fe: la capacidad que el cristiano tiene de renacer, en cada

tiempo, a una vida nueva en justicia y santidad. Sólo quien es cristiano desde esta experiencia personal, quien construye Iglesia y se compromete en el proyecto del Reino al servicio de los hermanos, podrá seguir siendo cristiano en el futuro.

La fe supone un gran desafío para todos nosotros, un desafío eclesial. La Iglesia tiene que vivir presente de forma normal en el tejido de la sociedad, en el corazón de las personas. Esta es nuestra gran tarea, la tarea que nace de la fe: volver a proponer el evangelio de Jesucristo siendo testigos veraces y decisivos de su presencia.

Para ello, no se trata simplemente de hacernos presentes en los espacios públicos, sino de llegar al corazón del hombre, siendo capaces de descifrar su misterio, de acompañar su búsqueda y, tantas veces, su dolor.

La pregunta sobre la fe acaba siendo una pregunta personal y, por ello, una pregunta comprometida. "*¿Por qué soy cristiano?*", "*¿por qué permanezco en la fe recibida?*". Quizá porque la fe acaba siendo el elemento fundamental para ser humano, quizá porque potencia los deseos más nobles del corazón del hombre, quizá porque ilumina de forma especial las exigencias éticas de la dignidad, quizá porque refuerza la experiencia del amor y de la libertad,... Pero, sobre todo, porque la fe me permite conocer y amar a Jesucristo, el Hijo del Dios Vivo. En Él encontraremos la salvación.

En su Carta Apostólica "*Porta Fidei*", con la que se convoca el Año de la Fe, el Papa Benedicto nos recuerda que "*no podemos dejar que la sal se vuelva sosa y la luz permanezca oculta*" (Cfr. Mt. 5,13-16). La renovación de la Iglesia pasa a través del testimonio ofrecido por la vida de los creyentes. La fe sólo crece y se fortalece creyendo, es decir, amando y dando vida...

La fe adulta a la que se nos llama nos pide ser hombres y mujeres:

- **contemplativos**, capaces de orar, de pensar, de decidir la propia vida en la presencia de Dios, en medio de un mundo anémico de oración y de adoración;
- **discípulos**, profundamente identificados con Jesús, el Maestro, capaces de imitarle a él y de interiorizar en el corazón su mensaje de amor y de paz;
- **apóstoles**, protagonistas de un proyecto (el proyecto del Reino), que hunde su raíz en la primera experiencia de encuentro con el Señor;
- y misioneros, enviados por él a anunciar la salvación.

Es evidente que el objetivo del apostolado laical es la vivencia del Evangelio en medio del mundo para transformarlo a la medida de Cristo. Por eso, cualquier aproximación al compromiso laical supone reflexionar sobre el mundo, la Iglesia y el laico que queremos promover.

Muchas personas viven al día, pendientes de sus intereses inmediatos. Un cristiano lúcido y comprometido con su fe tiene siempre que analizar la realidad para poder descubrir en ella los signos de los tiempos...

El análisis de la realidad (Aparecida recupera con fuerza el método pastoral de ver, juzgar y actuar) no se debe dar nunca por supuesto, pues las circunstancias personales, sociales, culturales y políticas cambian a un ritmo acelerado. Así ocurre hoy en el planeta a nivel global pero, también, de forma específica en el Ecuador. El análisis permanente de la realidad nos permite elaborar unas directrices antropológicas, teológicas, pastorales y espirituales correctas a la hora de elaborar nuestros proyectos de pastoral. Es este un esfuerzo necesario a fin de no caer en prejuicios o ideologías ajenas a la realidad.

Cada persona y cada comunidad tienen su experiencia concreta, su percepción de la realidad, sus imaginarios y tradiciones, todo un tejido religioso y social que sostiene la vivencia de la fe. Conocerlo, amarlo, discernirlo, nos permite ser críticos y, al mismo tiempo, veraces. En medio de la complejidad de la vida, de sus tensiones y oportunidades, necesitamos ser verdaderos.



1. La sociedad en que vivimos.

La sociedad ecuatoriana (especialmente las jóvenes generaciones, más capacitadas y profesionalizadas) va entrando en los cauces de una cultura globalizada, individualista y relativista. Algo que se deriva de la afirmación, casi obsesiva, de la libertad individual y que las personas tienden a vivir al margen de la comunidad, de la objetividad y de la trascendencia. Son muchos los que desconfían de una visión trascendente de la vida, del compromiso definitivo, de la moral objetiva,...

Esta actitud individualista afecta fuertemente a la moral, a la política y, consecuentemente, a la misma religión. Hoy, más que una cultura de la libertad, hay un auténtico culto de la misma. Pero de una libertad entendida como el espacio en el que yo me desarrollo, en el que yo estoy bien,... más pendiente de lo que puedo tener y consumir que de mis propios derechos y valores. Así, muchos cristianos, que respiran cada día esta mentalidad, están tentados de vivir al margen de una Iglesia que va contracorriente y que puede aparecer como arcaica, anclada en el pasado y ajena al progreso.

Poco a poco, también la Iglesia en el Ecuador va teniendo que aprender a vivir y a evangelizar una sociedad y una cultura absorbidas por el espesor dominante de la laicidad y del secularismo. Sobre todo en los ambientes urbanos, profesionales, intelectuales, universitarios y juveniles (lejanos del mundo rural y de la piedad popular)... la Iglesia se vuelve irrelevante. Políticamente se tiende a "*privatizarla*", a vaciarla de contenidos y de acciones realmente liberadoras.

De hecho, en las últimas propuestas y proyectos de ley de cultos que, de forma privada u oficial, han inquietado a la opinión pública, la tendencia política ha sido la reducción del hecho religioso al ámbito privado o el control de la organización eclesial por parte del Estado, ignorando la autonomía de la Iglesia y su papel social, es decir, su vocación de fermento en medio de un mundo al que todos debemos de aportar referencias éticas y prácticas liberadoras.

Nos guste o no, este va siendo el contexto en el que, más allá de la realidad viva de muchas de nuestras parroquias y movimientos, tendremos que leer la Palabra, proclamarla y anunciar la salvación. Una salvación que no todos desean (recuerdo la vieja canción de protesta de los años 70: "*Déjame en*

paz, que no me quiero salvar...").

Esta crisis moral y cultural va unida, en muchos ámbitos de la vida y de la sociedad, al declive de vocaciones presbiterales y a la vida consagrada. Desde los valores de la mundanidad es difícil comprometerse para siempre haciendo voto de castidad, pobreza y obediencia. Son valores de la vida cristiana que la nueva cultura rechaza de forma más o menos explícita. Especialmente los jóvenes sienten fuertemente la atracción que supone un mundo lleno de promesas y de oportunidades de estudio, capacitación y realización personal. Un mundo dominado por el consumo, el halago permanente de su condición juvenil y las promesas de éxito. Algo que no siempre se cumple y que genera, al mismo tiempo, infinitas frustraciones.

Algunos elementos importantes del cambio social y cultural.

Sobre lo dicho, interesa señalar **algunos elementos importantes de este cambio social y cultural** que afectan notablemente (y no siempre de forma positiva) la vivencia eclesial de la fe:

- o La inversión de la pirámide poblacional urbana y campesina, es decir, una fuerte migración interna del campo a la ciudad.
- o La cultura individualista y hedonista, ajena a la solidaridad y al espíritu de sacrificio.
- o La influencia de los medios de comunicación, especialmente en los jóvenes.
- o La importancia del desarrollo tecnológico que, para muchos, ya no es un medio sino un fin.
- o La fuerza del secularismo, aliado de una modernidad y postmodernidad que ignora el hecho religioso.
- o La división entre el tiempo laboral y el festivo, que ha determinado un sentido lúdico y consumista del tiempo libre.
- o La subjetividad de una religiosidad más experiencial que institucional, la cual evidencia una cierta tendencia a "creer a la carta", según la psicología, la sensibilidad y las necesidades inmediatas de cada cual.
- o La dificultad de socializar la religión por medio de las estructuras pastorales tradicionales, dada la movilidad humana actual y la complejidad de las sociedades urbanas.
- o La crisis de las utopías, a la que acompaña una cierta privatización del sentido de la vida.

- o El pragmatismo economicista. Pareciera que ganar plata, tener éxito, vivir bien,... se convierte en el primer y fundamental objetivo de la vida.
- o La domesticación social de las celebraciones y de los ritos. Así, muchas de las celebraciones cristianas y litúrgicas se diluyen en un mero acto social.
- o La privatización de la Iglesia como algo que afecta sólo a la conciencia individual o de grupo, sin proyección social o pública, con la consiguiente pérdida del profetismo y de la significatividad.

Y, sin embargo, encontramos no pocas fortalezas.

Junto a evidentes debilidades, encontramos también no pocas fortalezas:

- ***La fe sigue naturalmente presente en la mayoría humilde de nuestro pueblo,*** de tal forma que la religiosidad popular se manifiesta todavía con fuerza en nuestras parroquias y santuarios.

Ciertamente, necesitamos purificar siempre esta religiosidad popular, mas no debemos nunca menospreciarla. Como señala Benedicto XVI en el Discurso Inaugural de Aparecida, la religiosidad popular es una expresión del alma del pueblo. Así, incluye una serie de funciones sociales (de cohesión social, de renovación individual y colectiva, de liberación de la rutina y de participación) y, al mismo tiempo, de valores familiares (referidos particularmente a momentos fundamentales de la vida) y culturales (un lenguaje propio, verbal y gestual).

Entre nosotros, en Loja, la devoción a la Santísima Virgen del Cisne sigue siendo, en este sentido, un referente de primer orden que afecta, de forma significativa, a la vida de nuestro pueblo e, incluso, de nuestros migrantes allí donde viven y trabajan.

- ***En medio de la dureza de la vida, se percibe también un hambre de consuelo, de sentido, de esperanza*** muy grande en el corazón de las personas, especialmente de muchos jóvenes. Ellos encuentran en nuestras parroquias y comunidades, en la dirección espiritual y en la consejería, un auténtico espacio de iluminación y de acompañamiento.
- ***Hoy son muchos los que piensan que la simple razón no da respuesta a muchas de las necesidades humanas.*** Nuestro mundo latinoamericano

es especialmente sensible al mundo emocional, de los afectos y de los sentimientos. La cultura dominante, individualista y eficacista, deja en la cuneta muchas realidades personales que necesitan espacios comunitarios de desarrollo y de expresión.

Por otra parte se percibe la necesidad de un diálogo intercultural (diálogo fe / cultura) más abierto y ecuménico. Sobre todo, en este momento de fuertes cambios culturales.

- ***A pesar de las dificultades del momento, la Iglesia, en nuestro medio, sigue promoviendo espacios de encuentro y de solidaridad*** (por medio de la pastoral familiar, juvenil, social, de culturas...).

Y, también, algunas necesidades.

Frente a un mundo tan complejo, es preciso señalar algunas necesidades. Y es que una pastoral laical, juvenil o familiar, que quiera evangelizar tiene que suscitar interrogantes y saber plantear necesidades, también a los satisfechos de este mundo. En este momento, señalaría, fundamentalmente, cinco necesidades:

- **Necesidad de sentido.** Hoy se prima la satisfacción de lo inmediato, pero se pierde el horizonte. Y esto lleva a muchos a una vida in-sensata... La vida de la gente (de los jóvenes) puede ser un caos cuando se pierde el sentido de las cosas, el equilibrio, el respeto, la moral,...
- **Necesidad de gracia.** Más allá de la eficacia y del rendimiento, estamos llamados a mantener relaciones de gratuidad. Hoy, para muchos, la vida se ha vuelto irrelevante, un vacío que hay que llenar de bienestar... No se trata, por nuestra parte, de ir contra el bienestar, la técnica o el progreso, sino de ir en contra de un auténtico culto por la satisfacción individualista, a la cual todo se somete.
- **Necesidad de reconciliación.** También hoy se dan grandes miedos y temores en el corazón del hombre (miedo a la soledad, a la violencia, al abandono, a la muerte,...). Si antes dependíamos de la fuerza bruta de la naturaleza, hoy dependemos de la fuerza bruta del hombre (de las personas o de los regímenes políticos, de los intereses de las potencias o de las multinacionales).

Hay entre nosotros permanentes rupturas (personales, familiares, sociales, políticas) que necesitan ser integradas y reconciliadas. Si, por un lado, la fragmentación familiar por causa de la emigración, del divorcio,... ha hecho sufrir a muchas personas (especialmente a los hijos), las divisiones políticas y el ejercicio del poder polarizan la convivencia pacífica e integradora de los ciudadanos. Difícilmente podremos crecer humanamente en medio de un mundo tan fragmentado y enfrentado. Se nos impone la necesidad de reconciliar realidades tan diferentes. Y, en esto, la Iglesia siempre puede y debe decir una palabra...

- **Necesidad de liberación del pecado.** Hemos ido pasando de una cultura de la culpa a la cultura de la disculpa... De tal manera que se ha ido perdiendo el sentido del pecado. La modernidad nos ha planteado una especie de "*libertad inocente*". Pareciera que todo vale con tal de que yo esté bien y pueda justificarme... Sin embargo, la culpa está ahí con su enorme fuerza de cuestionamiento. Y es que no hay ideología, sistema político o psicoanálisis que nos libre de nuestra responsabilidad (acuérdense de la contradicción interior de San Pablo, Cfr. Rm. 7, 15-19). ¿Quién nos librará de esta contradicción?, ¿de tantas contradicciones y límites, incluso de tantas maldades que hacen daño al hermano y corrompen el propio corazón?
- **Necesidad de esperanza.** La historia, día a día, desmitifica el mito del progreso. El deterioro ecológico, el hambre, el maltrato infantil, las guerras, la inseguridad ciudadana y la violencia asesina, el poder de los carteles y del narcotráfico, la crisis económica, la ausencia de justicia, la crisis económica,... han contribuido al desmoronamiento de muchas utopías y de muchas esperanzas, por no hablar del problema de la muerte... Si lo que nos espera es la nada, ¿qué significan las grandes palabras, las grandes lealtades, los grandes amores?

La necesidad de esperanza se siente también con fuerza en muchos de nuestros jóvenes que, una vez acabados los estudios, tienen necesariamente que emigrar, dejando a sus espaldas casa, tierra, cultura,... En nuestra Loja somos expertos en formar universitarios que nunca trabajarán en su propia tierra.

El gran interrogante que hay que plantear, en medio de tantas carencias, es este: ¿Dónde está la raíz de la esperanza? ¿Dónde la raíz de la

resistencia? ¿Tendremos que conformarnos con un proyecto de vida plano, acomodándonos a la realidad, sin luchar a favor de la persona? ¿Dónde encontrar una luz que ilumine nuestras vidas, nuestro esfuerzo, nuestro dolor?

2. Es la hora de un nuevo compromiso evangelizador.

Esta situación compleja y de acelerado cambio social (algunos hablan de un cambio de época) puede y debe ser vivida de una manera positiva, especialmente desde la fe. Evangelizar no es sólo transmitir doctrina o aliviar los sufrimientos de los demás, ... sino ayudar a creer gozosamente en Dios, a descubrir en El el sentido de la vida y de la muerte. Algo que afecta a nuestra vida interior y a nuestras relaciones con los demás, a nuestro corazón de hombres y de mujeres que buscan el sentido de la vida y a nuestra particular forma de vivir y de amar, de compartir y de solidarizarnos con nuestros hermanos.

Este es hoy el gran drama de nuestra Iglesia: que muchos cristianos no tiene una experiencia íntima, personal y comunitaria de Cristo. Comenzamos a vivir como evangelizados cuando, en medio de tantas ofertas y utopías sólo humanas, descubrimos la presencia de Jesucristo en nuestros corazones y en nuestras relaciones, en nuestros compromisos y en nuestras responsabilidades. A partir de ahí alcanzamos la paz y ajustamos la vida... Sólo entonces podremos nosotros mismos convertirnos en evangelizadores. Evangeliza quien vive y, por lo tanto, puede transmitir esta experiencia de fe viva.

Por eso, en la evangelización, es tan importante el tema del testimonio de la vida, de la coherencia, de la espiritualidad, del compromiso con el hermano. De la misma manera que el tema de la fe afecta a toda la realidad humana, así el compromiso evangelizador. No basta con anunciar a Jesucristo, su Reino y su justicia... Es preciso que Jesús y su proyecto formen parte de nuestra vida, que, identificados con El, demos testimonio no sólo creyente, sino creíble, de su persona.

Parte fundamental de este testimonio es el compromiso con el hermano. ¿Cómo decir que le amamos a El, a quien no vemos, si no amamos al hermano que está a nuestro lado, al alcance de nuestra mano, de nuestra solidaridad? Recuerden la parábola del Buen Samaritano (Lc. 10...). Jesús no habla

de otra persona, sino de sí mismo y está pidiendo a los que nos identificamos con El que seamos buenos samaritanos para nuestros hermanos.. Es discípulo quien ama a Dios y tiene compasión con el prójimo. En el evangelio no se pueden separar ambas dimensiones. Una fe que te aleja de tu hermano, de la fraternidad, no es cristiana. Cuando la fe se separa de la vida, del servicio humilde y fraterno, acaba diluyéndose en experiencias fundamentalistas o evasivas.

Al contrario, una vivencia positiva de la fe siempre supone la apertura del corazón y de la vida a la experiencia de Dios y al ejercicio de la caridad y de la solidaridad. Ambas dimensiones, fe y compromiso, son referencias fundamentales de la evangelización. El Papa Benedicto nos lo recordaba en la "Deus es Caritas": el ejercicio de la caridad forma parte irrenunciable del ser y del hacer pastoral de la Iglesia, del ser y del actuar del cristiano.

a) La Iglesia, enviada toda ella a evangelizar.

No podemos hablar de la tarea evangelizadora del laicado sin referirnos a la realidad global de la Iglesia y a la inserción de la comunidad cristiana en el mundo. No sólo por el hecho de que los seglares sean la inmensa mayoría del Pueblo de Dios, sino por razones teológicas: en virtud del Bautismo somos hijos e hijas de Dios, cuerpo de Cristo, miembros de su familia.

Este Pueblo de Dios está llamado a ser ante el mundo transparencia y signo de su presencia. Un cristiano siempre asumirá una actitud crítica ante la mundanidad, pero tendrá que vivir su fe en medio del mundo como un fermento de liberación. Toda la Iglesia es evangelizadora (sacerdotes, religiosos, laicos), pues toda ella forma un único cuerpo, el de Cristo.

Hay una dimensión secular que no podemos olvidar, que no sólo afecta al laicado, sino a toda la Iglesia. Lo normal no es que la Iglesia esté separada del mundo, sino metida en su realidad, en sus dinamismos y, también, en su dolor. La comunidad cristiana nace y crece en el mundo y es enviada al mundo como mensajera de la Buena Noticia, compartiendo (así nos lo decía de forma hermosísima el Concilio Vaticano II, GS, 1) *"los gozos y las esperanzas, las tristezas y angustias de las gentes, sobre todo de los pobres y afligidos"*.

Por eso, toda la Iglesia (y también los religiosos en medio de la secularidad) tiene que ser para el mundo un signo de esperanza. No es algo abstracto o teórico. La esperanza, que siempre va unida al compromiso de la vida, se transmite por medio de la vida personal, familiar, profesional, política, en pequeñas comunidades y grupos, en los movimientos apostólicos, en las parroquias, en las Iglesias Particulares y en la misma Iglesia Universal. El propio magisterio del Papa es hoy en el mundo una referencia de esperanza que sustenta la ética y el futuro de los pueblos y del planeta. *La Lumen Gentium* nos lo recordaba, toda la Iglesia tiene que ser luz y sal de la tierra, hoy y aquí, toda ella debe de evangelizar, de anunciar la presencia del Resucitado como una garantía de sentido y de esperanza veraz.

El Concilio Vaticano II no ve a la Iglesia como una realidad desgajada del mundo, sino inserta en la vida del hombre y de los pueblos, peregrina de la historia humana, fermento de amor y de libertad. Nada humano puede ser ajeno a una Iglesia evangélica. Ninguna acción eclesial puede vivirse de espaldas a la realidad humana. Es esto algo que sólo entendemos desde una eclesiología ministerial, de comunión y de servicio humilde.

Una Iglesia, reducida sólo a la jerarquía, anónima y pasiva, ausente de la realidad humana, de la participación y de la corresponsabilidad, nos llevaría a vivir muy lejos del evangelio. Por el contrario, una Iglesia de comunión, atenta al mandato del Señor, discípula y misionera, será siempre ante el mundo signo y sacramento de su presencia. Es decir, será una Iglesia integradora y sanadora de lo humano.

En este sentido, la Iglesia es un elemento valioso de la sociedad democrática y laica, en cuanto elemento de cohesión, de identidad y de moralidad.

b) El laicado en un mundo secular.

Desde estas perspectivas de secularidad y de comunión comprendemos mejor la personalidad y las tareas propias del laicado. Ello no significa que la Iglesia sea toda ella laicado... El ministerio ordenado nos recuerda la presidencia y la mediación de Jesús. Pero, lo que ahora deseo subrayar es el peso específico del laicado en una Iglesia toda ella enviada al mundo. Todo bautizado está llamado no sólo a reforzar la

comunidad eclesial, sino a consolidar la solidaridad humana, siendo fermento en medio de la masa. Comunidad y misión siempre van de la mano.

Un laico comprometido con su fe nunca debe de olvidar la autonomía del mundo secular. Ello no significa la separación de Dios o la privatización de la fe o la ausencia de la Iglesia en los espacios públicos. La autonomía del mundo no significa negar toda referencia religiosa, algo así como si Dios se volviera invisible y los cristianos tuvieran que reducir su presencia en el mundo al ámbito de lo privado e íntimo. Más bien consiste en afirmar que el mundo posee leyes y valores que le son propios (GS, 36). Leyes que hay que descubrir y aplicar, valores que hay que discernir y realizar. Hay, en este sentido, un diálogo fe / cultura, fe / mundo que es inevitable, porque el mundo, en su realidad limitada, necesita una salvación que sólo puede encontrar en su apertura a Dios.

En estos temas no podemos ser ingenuos. Si bien no podemos caer en una condena ligera de las realidades terrenas, tampoco podemos limitar el sentido de la vida humana a un proyecto plano, eterno y feliz para siempre. Las ambigüedades de la condición humana, la fuerza del mal y del pecado, nos recuerdan que la persona y el mundo necesitan ubicarse en un horizonte ético de trascendencia y de sentido, más allá del simple progreso material, económico o científico. El bienestar, por sí mismo, puede ser también la expresión de una inmensa codicia.

Una actitud positiva de diálogo con el mundo ayuda a evitar algunas tentaciones presentes en la vida de la Iglesia. La primera es el **eclesiocentrismo**, que consiste en colocar a la propia Iglesia en el centro de su preocupación y actuación. Hay que recordar que la Iglesia no se anuncia a sí misma, sino al Señor Jesús, su Reino y su justicia.

En este mismo sentido, está la tentación del **clericalismo**. Algunos piensan que la Iglesia es competente para dictar al mundo lo que tiene y no tiene que hacer en los asuntos públicos, sociales, políticos o económicos. Precisamente es el Concilio quien nos invita a escuchar, acompañar y compartir y, ciertamente, aprender en medio de tantas situaciones que cuestionan el actuar eclesial.

No podemos silenciar el peligro que, especialmente en este momento de nuestra vida social y política, supone **confundir laicidad con laicismo**. La Iglesia asume la realidad laica, la respeta y entra en diálogo y colabo-

ración con ella, con los gobiernos e instituciones públicas. Debe hacerlo de una manera clara, leal y crítica al mismo tiempo. Pero a la Iglesia no se la puede relegar al ámbito de lo meramente cultural o privado, pues la fe siempre se encarna en la historia y el cristiano (el laico, miembro del Pueblo de Dios) siempre trabajará y transformará la realidad desde una ética creyente. No se trata de criticar por criticar, sino de provocar una sana tensión que nos ubique en un horizonte de expectativas éticas. La caridad transformadora no sólo se nutre de gritos, sino de dinamismo éticos que comprometen a las personas y a los grupos.

Los miembros de la Iglesia viven entre la encarnación y la distancia crítica, la solidaridad y el contraste, el compromiso y la esperanza: "Lo que el alma es en el cuerpo, eso han de ser los cristianos en el mundo" (Carta a Diogneto, 6, recogido en LG, 38).

c) Identidad y misión del laicado.

Los sumarios de los Hechos de los Apóstoles (especialmente Hch. 2, 42-47) nos muestran lo fundamental de la comunidad cristiana, así como la vocación a la que los laicos están llamados: la iniciativa de Dios, la atención a la enseñanza de los apóstoles, el aspecto comunitario de la fe, la fuerza del testimonio, el espíritu de servicio y de solidaridad con los más necesitados, la dimensión orante y celebrativa de la fe cristiana,...

El primer rasgo de la identidad de un laico es su identificación con Jesús y, por ende, su seguimiento. De la misma forma como los primeros apóstoles y discípulos responden al llamado del Señor, así el cristiano responde, fiel no tanto a un mensaje atractivo, cuanto a la persona del mensajero. De la mano de Jesús el cristiano descubre la experiencia filial y la obediencia al Padre.

Y, a partir de ahí, vive la aventura del seguimiento: manifiesta con palabras y gestos la predilección de Dios por los pobres, los enfermos, los marginados, los pecadores, asume la lucha por la justicia y por la equidad y empuja la vida y la historia en la dirección de la esperanza. En estas tareas comparte y colabora con todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

Hay una doble llamada y una doble respuesta: estar con El y aceptar el

envío a evangelizar.

- ▶ **Lo primero es cuidar la vida interior.** Nos toca encarnar los sentimientos y actitudes de Jesús, lo cual es imposible si no hay en Él una profundidad íntima. Estamos llamados a relacionarnos con el Amigo, con el Hermano, con Aquel que puede llenar nuestro corazón y orientar nuestra vida... ¿Cómo vivir esta experiencia de cercanía si no hay en nosotros un profundo espíritu y práctica de oración? Un laico comprometido tiene necesariamente que ser una persona de oración, capaz de encontrarse con el Señor, de celebrar los sacramentos, de preguntarse: "¿Señor, qué quieres de mí?", capaz de resistir y de trabajar a favor del Reino.
- ▶ **Lo segundo es el anuncio y el testimonio.** Todos los cristianos estamos llamados a dar testimonio de Él. Es una función profética a la que no podemos ni debemos renunciar, dentro y fuera de la Iglesia. Hay un compromiso histórico de anuncio y de denuncia, de integración y de compromiso, de santidad de esperanza que es consustancial a la fe. Esta dimensión profética puede resultar, y de hecho resulta, molesta a los poderosos del mundo cuando la Iglesia denuncia la injusticia, la corrupción, la mentira,... cuando el cristiano lo hace no sólo por medio de las palabras, sino a través de su propia vida personal, ética y honesta. Pero es algo que hay que hacer en paz, unidos al Señor Jesús, al Justo.

Esta doble experiencia encuentra en la Eucaristía un eje fundamental de la espiritualidad laical. Me refiero a la ofrenda de la propia vida, algo que sólo podemos hacer unidos Cristo. Él nos dará la vida y la fuerza, la libertad interior y el valor frente a los poderes de este mundo.

d) **Tres aspectos fundamentales de la misión laical.**

A partir de aquí podemos hablar de misión y de responsabilidad. Al respecto, deseo referirme a tres aspectos fundamentales de la misión laical:

- **Evangelizar "por contagio"**, es decir, por medio de la coherencia y del testimonio. No debemos de sentir vergüenza de ser cristianos en medio de la ciudad secular. Al contrario, debemos de sentir el orgullo y la alegría de la fe, manifestando nuestra condición de cristianos con sencillez y transparencia. Es algo que afecta de forma particular

a nuestra vida familiar, profesional, laboral, social y política. Para muchos, la honestidad consiste en que no les pillen... Para nosotros la honestidad debe de formar parte de nuestra estructura personal de nuestra cultura y forma de vivir. Dios se hace presente en la vida honesta y comprometida de los cristianos. Por eso, cuando no somos honrados, nos convertimos en la mayor dificultad para que los demás crean... Lo repito: no sólo debemos de ser creyentes, sino creíbles.

- o **Comprometerse en la vida pública**, cultural, profesional, social y política. Son espacios que no deben existir al margen de una ética trascendente. Toca proponer, dialogar, contrastar,... sin renunciar a exigir lo que los cristianos consideramos un derecho humano: nuestra participación, desde una ética creyente, en un proyecto de sociedad que realmente sea liberador de lo humano. La política la hacemos todos, pues no existen sujetos únicos del cambio. Al contrario, cada cual, personalmente y de forma organizada, debe de aportar lo mejor de sí. A la cultura dominante y al poder político de turno hay que recordarle que no todo vale,... que, más bien, un proyecto injusto, inequitativo, corrupto, que destruye la moral y la convivencia pacífica de los ciudadanos no es viable desde el evangelio. Esto se traduce en el compromiso de la propia vida y en la búsqueda de espacios de convergencia y de colaboración con cualquier ser humano y realidad social que apoye la dignidad de la persona y el bien común. Y, además, se traduce en el compromiso de defender de forma privilegiada el derecho de libertad religiosa que consienta a todos los creyentes, independientemente de su credo, a vivir y expresar su fe.
- o Son ellos, los laicos, quienes también tienen que **llevar a las comunidades cristianas y a la Iglesia Particular las ilusiones, gozos, esperanzas y preocupaciones de la gente**. La responsabilidad de vivir en el mundo tiene que enriquecer la vida de la Iglesia. El laico, por la diversidad de vocaciones, carismas y dones, por medio de los servicios y ministerios laicales, puede y debe construir una Iglesia rica en su compromiso y servicial en su ministerio. Hoy, nuestras Parroquias y pastorales específicas acogen a numerosos laicos, hombres y mujeres que, en cuanto catequistas, ministros extraordinarios de la eucaristía, agentes de pastoral, servidores de las comunidades indígenas, voluntarios de pastoral social – Caritas, sindicatos, miembros de los consejos pastorales y económicos, etc. construyen una Iglesia plural y compro-

metida, discípula y misionera, abierta al mundo y siempre acogedora. La participación y corresponsabilidad de los laicos en la Iglesia da a la misma, a nuestras comunidades y parroquias, un tono de transparencia necesario para poder ejercer su tarea de anuncio ante el mundo.

3. Desafíos para nuestra Iglesia Particular.

Muchos de los desafíos que tenemos planteados en nuestra Iglesia están recogidos en el Plan Pastoral de la Diócesis de Loja. La presencia en nuestra Diócesis de numerosos Movimientos Apostólicos, de pequeñas comunidades y grupos parroquiales hace que tomemos conciencia de no pocas urgencias pastorales en relación con los laicos. Quisiera no sólo señalar los desafíos sino también ofrecer algunas pautas de actuación.

a) Profundizar el perfil de un laico comprometido con su fe eclesial.

Juan Pablo II nos decía en la *Christifideles laici*, 59: *"En la existencia del laico no puede haber dos vidas paralelas: por una parte, la denominada "vida espiritual", con sus valores y exigencias; y, por otra, la denominada "vida secular", es decir, la vida de familia, del trabajo, de las relaciones sociales, del compromiso político y de la cultura... El Concilio Vaticano II nos invita a una unidad de vida, denunciando con fuerza la gravedad de la fractura entre fe y vida"*.

¿Qué quiere decir esto? Que necesitamos un perfil de cristiano laico, de hombres y mujeres que, asumiendo con decisión su presencia en medio del mundo, **tengan una clara conciencia de ser Iglesia, discípulos y evangelizadores**.

Además, que sea **adulto**. Se trata de una dimensión cualitativa de madurez humana y cristiana capaz de dar razón de la propia esperanza.

Y, al mismo tiempo, **militante**, es decir claramente comprometida en la construcción de un mundo nuevo, en justicia y santidad.

b) Cultivar una auténtica espiritualidad laical.

El laicado tiene que estar formado por hombres y mujeres de Dios. Esta

expresión, "hombre de Dios", la referimos frecuentemente al presbítero o al consagrado, pero debería de ser válida para toda persona creyente.

La espiritualidad laical, en este sentido, debería de tener algunos rasgos esenciales:

- o Tal como nos propone la Verbum Domini, el cristiano tiene que ser un hombre, una mujer de **la Palabra**, por medio de una lectura personal y habitual de la Sagrada Escritura. Hoy, gracias a Dios, son muchos los cristianos que acceden a la Lectio Divina, a una lectura orante de la Palabra, capaz de contrastar y de iluminar la vida cotidiana.
- o En este sentido, a la luz de la Palabra, los laicos comprometidos tienen que saber leer **los signos de los tiempos**. No se trata sólo de hacer que la sociedad sea más justa, sino de encontrarse con el Señor por medio del compromiso histórico, de la solidaridad y del ejercicio de la caridad. En la lucha por la justicia, por el equilibrio ecológico, por la paz, etc. se vuelve evidente la presencia de Dios.
- o Hay en la vida de un laico comprometido una **radicalidad evangélica** que atraviesa toda su existencia. Es algo que afecta al dinero, a la austeridad de la vida, al uso de los medios y de la técnica, al ejercicio de la profesión, a la sexualidad y al amor, a la familia, al matrimonio y a los hijos. En este marco de radicalidad evangélica, ¿cómo no hacer referencia de forma expresa a la solidaridad con los más pobres, a la misericordia con los que sufren, a la capacidad de compasión y de perdón, a la honestidad en el ejercicio de la profesión, de la función pública o empresarial?
- o La espiritualidad laical necesita de **tiempos, espacios, métodos** y maestros de oración. De tal forma que es preciso buscar medios que consientan el crecimiento de la espiritualidad: la oración personal o matrimonial, la celebración de la eucaristía y de la reconciliación, los retiros, la participación en alguna escuela de Biblia o de laicos...

c) Nos urge en la Diócesis el cuidado de la pastoral matrimonial y familiar.

La familia es la primera escuela de vida cristiana, por eso debe ser campo prioritario de la acción evangelizadora. Hoy nos encontramos, todavía, con una gran riqueza: las familias lojanas siguen siendo una referencia

fundamental en nuestra vida social y religiosa, pero seríamos ciegos si no percibiésemos los grandes cambios en curso: familias disfuncionales, rotas, separadas por causa del divorcio, de la emigración, del trabajo,...

La evangelización de la familia supone la defensa y promoción de la vida, la educación en la fe y en los valores éticos, el acompañamiento espiritual y psicológico, la afirmación de la dignidad de la mujer, la superación de tantas situaciones de violencia doméstica y de género, etc.

Nuestra Iglesia no puede vivir de espaldas a tantas necesidades, viejas y nuevas. Ha de cuidar una pastoral matrimonial y familiar que ayude a vivir el seguimiento de Jesús, a consolidar el hogar, a educar cristianamente a los hijos, a cuidar a los ancianos y enfermos, a mantenerse unidos en medio de las pruebas...

En la familia, muchos creyentes se encuentran frecuentemente con experiencias de sufrimiento que tenemos que saber consolar e iluminar: parejas en crisis que viven separadas, personas enfermas, embarazos no deseados, abortos, hijos abandonados, ... Más que a la condena deberíamos de tender a la compasión, a poner a la persona ante su propia verdad, pero ayudando siempre a encontrar el camino de la sanación.

d) Participar en una vivencia eclesial y apostólica asociada.

La cantidad y el pluralismo de grupos y movimientos apostólicos existentes en la Iglesia (movimientos de laicos, movimientos de espiritualidad, nuevos movimientos) es una de nuestras grandes riquezas en Loja. Y es, al mismo tiempo, una invitación para los laicos a fin de participar de la acción evangelizadora de la Iglesia, cada uno según su carisma. Ojalá que los cristianos encuentren en estos grupos y movimientos un espacio de acogida y de libertad, de fraternidad y compromiso.

La participación en estos grupos y asociaciones requiere la atención y el acompañamiento ya sea de los párrocos, ya sea del propio Obispo. Especialmente habría que tener en cuenta, como criterios de discernimiento y de maduración, los siguientes:

- o Una clara experiencia de espiritualidad desde procesos de iniciación y de maduración de la fe.

- o La garantía de procesos formativos (bíblicos, teológicos y pastorales) que ayuden a las personas a madurar una fe adulta.
- o La comunión eclesial, vivida con humildad y clara participación en la vida diocesana.
- o Un decidido compromiso a favor de la Iglesia (especialmente de las realidades parroquiales y diocesanas) y de la construcción de un mundo justo y equitativo, alentando con especial interés la presencia y el compromiso de sus miembros en la vida social, política y económica.

La Iglesia Particular es el marco propio en el que debe darse el discernimiento y el acompañamiento de los diversos grupos. La comunión y la disponibilidad que se les pide para la misión no es sólo por razones de conveniencia o de eficacia, sino por razones teológicas de comunión eclesial, siendo un importante signo de credibilidad de nuestra Iglesia. En este sentido, hemos ido dando algunos pasos importantes, pero es preciso insistir en la participación y corresponsabilidad de todos a la hora de hacer Iglesia.

e) La atención de los diferentes ambientes y destinatarios.

o El mundo rural.

Nuestra Diócesis es fundamentalmente rural. En este ambiente perviven muchas tradiciones inspiradas en la religiosidad popular. Pero, al mismo tiempo, nuestros pueblos y parroquias van experimentando, sobre todo entre los jóvenes, un profundo cambio de estilos de vida y de valores culturales.

Son muchos los hombres y mujeres (síndicos, servidores, catequistas, comités,...) que desarrollan servicios eclesiales de forma abnegada y constante. Pero, apoyados por la pastoral juvenil, hemos de integrar a los jóvenes mayores en la vida de las parroquias. Ellos deben de asumir un liderazgo y corresponsabilidad importantes para el bien de nuestras comunidades. Y no sólo un liderazgo hacia adentro, sino también hacia afuera, promoviendo el desarrollo de los pueblos, apoyando cualquier iniciativa que vaya en la dirección del bien común. Lamentablemente, nuestro mundo rural mantiene una economía de subsistencia, ajeno a las necesarias inversiones productivas

y a la calidad de servicios sociales necesarios para su desarrollo.

o Los jóvenes.

Siempre decimos que los jóvenes representan el futuro de la Iglesia... Yo diría que ellos son ya el presente, una referencia pastoral ineludible de nuestra Iglesia. Constatar la presencia de los jóvenes en nuestras parroquias, grupos, movimientos, pastoral juvenil diocesana, etc. es una alegría.

Los jóvenes cristianos comprometidos, aunque se saben en minoría, se ven seriamente interpelados por las realidades juveniles, por las exigencias de una evangelización de la cual ellos mismos son los grandes protagonistas. Los jóvenes evangelizan a los jóvenes y es éste un desafío importante que hay que cuidar.

No son suficientes los eventos masivos... Es preciso hacer procesos que, de forma personalizada y comunitaria, den a los jóvenes la oportunidad de una auténtica conversión a Cristo. Ellos, los jóvenes, son los herederos de nuestra fe. Ellos deberán de transmitirla a otros con entusiasmo. De aquí la necesidad de cuidar su espiritualidad, su formación, sus espacios de compromiso y de definición vocacional de sus vidas.

Loja aparece como una ciudad universitaria que acoge a miles de estudiantes. Muchos de ellos estudian y trabajan al mismo tiempo. Frecuentemente, en medio de un cierto desarraigo familiar, con dificultades económicas y morales. Es necesario estar atentos y hacer el acompañamiento debido a fin de integrarlos social, eclesial y afectivamente, a fin de que no haya una dislocación entre la fe que se expresa al interior de la comunidad cristiana y de la familia y la falta de presencia activa en el mundo social y estudiantil.

o El mundo de los pobres y marginados.

Necesitamos mantener una presencia activa y solidaria en el mundo de los pobres y marginados. Gracias a la dedicación de muchas personas e instituciones eclesiales (especialmente de Caritas y de las familias religiosas), hemos ido creciendo en sensibilidad y en respuestas ante las necesidades de nuestro medio.

El Santo Padre nos ha recordado en sus encíclicas sociales la necesidad que tenemos de construir una Iglesia samaritana, comprometida con el ejercicio organizado de la caridad. Cada Parroquia tendría que tener su Caritas, un espacio de organización, de servicio, de voluntariado, de respuesta eficaz y misericordiosa ante el dolor de nuestros hermanos más humildes y vulnerables. En estos espacios los laicos encuentran una gran oportunidad de trabajar y luchar por un mundo más justo y reconciliado.

Es preciso educar la conciencia creyente hasta el punto de vivir persuadidos por esta certeza: "si le damos la espalda a los pobres, perderemos a Dios". Cada día tendremos que preguntarnos qué soledad podemos acompañar, qué bien podemos hacer, qué injusticia podemos redimir, qué corazón podemos pacificar,...

Los cristianos estamos llamados a vivir la radicalidad de la caridad, entre la solidaridad y el abajamiento. No se trata sólo de ayudar a los demás, sino de comprometer la propia vida en el servicio solidario y fraternal.

o La cultura de la solidaridad.

Los creyentes estamos llamados a vivir en fraternidad y en solidaridad con los hombres y mujeres de nuestro entorno, no sólo por fidelidad a la familia humana, sino por fidelidad a Cristo. Decir que "todo hombre es mi hermano" no es sólo una expresión utópica, sino una verdad que pertenece a nuestra fe cristiana.

Más allá de los intereses de troncha y de partido, personales o de grupo, necesitamos promover una cultura de la solidaridad que tenga presentes en su horizonte los intereses del bien común. En estos años, el mapa empresarial de Loja poco ha cambiado, la inversión productiva ha sido escasa y la inmensa mayoría de los hijos tienen que buscarse la vida fuera de la provincia...

La Iglesia tiene que asumir socialmente un papel de paz y de esperanza, tiene que alentar a los cristianos a un compromiso siempre mayor a favor del pueblo sencillo y del desarrollo social. No sólo en el mejoramiento de las condiciones de vida, sino en la promoción de una más

fuerte cohesión social, siendo un referente ético de primer orden. A ello ayudará el compromiso de los laicos cristianos (empresarios, trabajadores, profesionales, funcionarios públicos, políticos, etc.), siempre dispuestos a trabajar, con honestidad, a favor de su pueblo. Honestos y unidos. Este es un gran desafío.

Por otra parte, el mundo de la solidaridad no termina en nosotros mismos. Los medios de comunicación nos ofrecen las dolorosas imágenes de tantos desastres que afligen al planeta. La Iglesia se siente especialmente sensibilizada (por ser católica) ante el dolor de nuestros hermanos de cerca y de lejos. Prueba de ello ha sido la Campaña a favor de Haití con motivo del terremoto sufrido hace ya dos años. De la mano de Caritas Ecuador y como Presidente de la misma pude entregar 125 casas, dos salones comunales y una capilla a nuestros hermanos haitianos. Fue una experiencia hermosa en medio del dolor... La experiencia de una solidaridad humana que supera razas, fronteras, distancias... Todo ello gracias a la generosidad de miles de fieles.

o La formación permanente.

La formación permanente es también un gran desafío laical. Muchos de nuestros movimientos realizan encuentros, retiros, experiencias de convocatoria con un fuerte sentido de conversión. Son realidades que tienen un gran valor y, de hecho, suponen una gran oportunidad... Pero es necesario garantizar procesos formativos que den profundidad y continuidad a las personas en el seguimiento de Jesús.

La formación y capacitación del laicado es un gran reto. Y no sólo de aquellos que ejercen como "agentes de pastoral", sino de todo el Pueblo de Dios. Esto nos exige crear en nuestras parroquias y en la Diócesis servicios formativos que cubran las infinitas necesidades de los laicos. Doy gracias a Dios por el enorme esfuerzo que los responsables de los departamentos pastorales están haciendo a favor de la formación permanente de los laicos (en pastoral misionera, de juventud, vocacional, catequética, social, de culturas, liturgia, etc.), pero, muy especialmente en el lanzamiento de la Escuela de Pastoral, que abarca las Escuelas Bíblica y de Laicos.

Necesitamos plantearnos, una y otra vez la urgencia de una permanente educación de la fe, abierta a todos los que mantienen contacto con nuestras parroquias y comunidades. Pero necesitamos también una formación especializada según las diversas actuaciones pastorales. No una formación exclusivamente teórica, sino experiencial, capaz de ubicar a la persona ante el desafío de una vida cristiana integral. Así, la dimensión celebrativa-orante no puede estar ausente de ella.

Es más, la presencia social y solidaria en la transformación del mundo, propia de los laicos, les exige culturalmente una especial preparación intelectual que consienta un diálogo profundo entre la fe y la cultura. Es preciso saber estar en el mundo sin perder la identidad cristiana, pero siempre dispuestos al diálogo y a descubrir los llamados que Dios nos hace desde la realidad humana.



No deseo terminar esta nueva Carta Pastoral sin una palabra de aliento para cuantos trabajamos en la misión evangelizadora de la Iglesia. Soy consciente de las dificultades que encontramos... Pero siento que son más fuertes las razones para la alegría y la esperanza. Nuestra confianza está puesta en Jesús.

Lo que sea nuestra Iglesia en los próximos años, al filo de este septicentenario, dependerá en grandísima parte de nuestra fidelidad y docilidad a la acción del Espíritu. Ciertamente, se nos llama a ser hombres y mujeres de fe, a asumir nuestras responsabilidades y a transmitir, de forma gozosa y coherente, nuestra confianza en Cristo Jesús.

Encomiendo a la Santísima Virgen María, Reina y Madre del Cisne, la vida, el trabajo, la paz y la felicidad de nuestras familias, de nuestra Iglesia y de nuestro pueblo. Le pido a Ella, discípula y misionera, que nos ayude a ser buenos cristianos, a comprometernos decididamente a favor de la Iglesia y de este mundo nuestro, siempre necesitado de amor y de paz.

Que cada uno de nosotros, según la vocación a la que hemos sido llamados, seamos fieles servidores del evangelio, tal como Jesús quiere y nuestros hermanos esperan de nosotros.

Les abraza y bendice,

+Julio, Obispo de Loja

Loja, 22 de febrero, 2012
Miércoles de Ceniza



CARTA PASTORAL

“LOS MIRÓ Y SE CONMOVIÓ”

[Mc 6, 34]

Mons. Julio Parrilla Díaz
Obispo de Loja

LOJA
Cuaresma, 2011



CARTA PASTORAL

"LOS MIRÓ Y SE CONMOVIÓ"

(Mc 6, 34)

Mons. Julio Parrilla Díaz

Obispo de Loja en el Ecuador

INDICE

CARTA PASTORAL, CUARESMA 2011.

"LOS MIRÓ Y SE CONMOVIÓ".

(Mc 6, 34)

PRIMERA PARTE

LA CAPACIDAD DE MIRAR

1. DIOS CON NOSOTROS.

- a) "Se encarnó y habitó entre nosotros".
- b) La mirada compasiva.
- c) Capaz de escrutar el corazón del hombre.
- d) Orar y actuar.

2. LA CAPACIDAD DE AMAR.

- a) Deus est Caritas.
- b) Eros, Filia, Caritas.
- c) Amar como Dios nos ama.
- d) El sacramento del Hijo amado.
 - Belén.
 - Nazaret.
 - Los caminos de Galilea.
 - Jerusalén.
 - El Gólgota.
 - A orillas del lago: "Es el Señor".

- e) Feliz entre los pequeños.
- f) Por el amor seremos juzgados.

SEGUNDA PARTE

AMAR EL MUNDO Y SU HISTORIA.

1. LA FUERZA DE LA REALIDAD.
 - a) Pobreza y pobreza.
 - b) ¿Un cambio de época?
 - c) El rostro de los que sufren.
 - d) Caritas in Veritate.
2. LA PRESENCIA DE UNA IGLESIA SACRAMENTAL.
3. DENLES USTEDES DE COMER.
 - a) ¿Cuándo te vimos hambriento?
 - b) Necesidad de una Pastoral Social fraterna y solidaria.
 - c) Caritas en el corazón de la Iglesia.
4. EN LA MESA Y EN LOS CAMINOS.
 - a) Una espiritualidad alimentada en torno a la Mesa.
 - b) Una espiritualidad nutrida por la Palabra.
 - c) Salir a los caminos.



CARTA PASTORAL, CUARESMA 2011
"LOS MIRÓ Y SE CONMOVIÓ"
(Mc 6, 34)

+ Julio Parrilla Díaz
Obispo de Loja en el Ecuador

Queridos Hermanos, queridas Hermanas,

La Cuaresma es siempre un tiempo de oración y de reflexión. Al amparo de la Muerte y de la Resurrección de Cristo, del Misterio Pascual, nos toca ir a la raíz de nuestro discipulado y, una vez más, acercarnos al amor y a la fidelidad de Dios. Se nos pide seguir al Señor de cerca, enraizados e identificados con Él, a fin de alimentar en nosotros sus palabras, sus actitudes y sus gestos salvadores (Mc.1, 17-20). Es Él quien nos llama, quien nos convoca a renovar nuestra vida y nuestra fe. Lo hace todos los días, pero muy especialmente en este tiempo cuaresmal en el que la Iglesia, fiel al Año Litúrgico, se plantea de formar especial la purificación del corazón y de la vida. Nos toca pensar y repensar la calidad de nuestro seguimiento. Y nos toca orar, pedir al Señor que todos, como Comunidad creyente, y cada uno, como discípulo, seamos para nuestro pueblo transparencia del Señor.

Las Encíclicas del Santo Padre "*Deus est Caritas*" y "*Caritas in Veritate*", así como la sensibilidad expresada en el Plan Pastoral de la Diócesis a favor de los pobres, me anima a escribirles esta Carta Pastoral centrada en el tema de la misericordia y en la necesidad de potenciar en nuestras parroquias y comunidades, movimientos y congregaciones, un auténtico compromiso solidario a favor de nuestros hermanos más pobres. El Santo Padre nos recuerda que el ejercicio de la caridad y el esfuerzo cotidiano por la justicia tienen que formar parte de nuestro ser, de nuestra identidad creyente.

La fidelidad al Evangelio pasa por aquí: por esta pasión por salir al encuentro de nuestros hermanos necesitados de pan y de sentido, de reconocimiento y de amor, de inclusión y de justicia. (Mc 6, 34). Somos conscientes de que no podemos establecer con Jesús una relación verdadera si no cultivamos el encuentro con El en la oración, especialmente a través de la Palabra y de la Eucaristía. Pero somos también conscientes de que la Palabra y la Eucaristía nos llevan de la mano a un auténtico ejercicio de la caridad, vivido en la cercanía y en el compromiso fraterno y solidario con los sufrientes. Los pobres, cuantos hombres y mujeres necesitan de nuestra ayuda, son un espacio teológico, pastoral, social y eclesial privilegiado de encuentro con Jesús.

¿Cómo vamos a vivir nuestra fe y encontrar en ella consuelo, amor y salvación, si vivimos ajenos al dolor del hombre y a la compasión de Jesús para con los abandonados del mundo? La misericordia es el centro de un mensaje en el que el Mensajero se compadece y conmueve ante el dolor de aquellos a los que ve como ovejas que no tienen pastor. Si algo tenemos que aprender es a mirar con los ojos de Jesús y a compadecernos de nuestros hermanos, atentos al latido de su corazón. Mirada y conmoción son en Jesús algo más que expectación y sentimiento. Son el primer paso de un compromiso profundamente sanador (Jn. 6, 5-8).

Recorriendo nuestros pueblos y nuestros barrios, contemplando a los niños, a los jóvenes, a las mujeres y a los ancianos, sus carencias y su necesidad de promoción, he visto la presencia de Cristo que camina con nosotros y la fidelidad de una Iglesia que permanece al lado del pueblo, cuando tantos sienten la necesidad de buscar espacios más favorables o de invertir políticamente allí donde los votos son más rentables.

La Cuaresma puede ser un tiempo precioso para revisar muchas de nuestras actitudes cristianas y, muy especialmente, esta capacidad

de hacer camino solidario, de abrir la mano y el corazón y de comprometernos en la construcción de un mundo más humano y de una Iglesia samaritana, cercana y compasiva, atenta para detectar el dolor y para sanar las heridas,

El misterio de la Cruz está siempre ahí, terco y escandaloso, y nos toca ubicarnos bien a la hora de dar la vida. Jesús nos pide no sólo un poco de tiempo, de plata o de trabajo,... Nos pide el corazón y un cambio profundo de actitudes a fin de que la solidaridad se convierta en un valor capaz de vertebrar nuestra vida personal y la de toda la Iglesia.

La Pascua ilumina la vida y la realidad en la que vivimos y trabajamos. Ella es el acontecimiento central, a cuya luz todo lo demás se relee e interpreta.

Les deseo, de corazón, una celebración pascual llena de luz y de fuerza. La Cruz nos abre a la experiencia del amor definitivo y glorioso. Ojalá que la celebración de la Vigilia Pascual sea para todos, personal y comunitariamente, un espacio privilegiado de renovación de la vida nueva, en justicia y santidad, que Dios quiere para todos nosotros.



PRIMERA PARTE

LA CAPACIDAD DE MIRAR

A pesar de que nunca hemos tenido tantos medios audiovisuales y de comunicación, tenemos que reconocer que no hemos educado la mirada. Ver no es lo mismo que mirar... La visión es una capacidad física; la mirada requiere una intencionalidad pues es una función del corazón. Hay miradas llenas de odio y miradas permeadas de ternura; hay miradas perdidas y miradas concentradas, capaces de taladrar el corazón humano. A los cristianos nos toca cuidar y educar la mirada contemplativa, es decir, nos toca hacer nuestra la mirada de Jesús (Mt. 10, 21).

1. DIOS CON NOSOTROS.

a) Se encarnó y habitó entre nosotros

Siendo yo joven estudiante de teología, un formador veterano en las lides espirituales me decía: *"Aprende a mirarte con los ojos de Dios"*. Son los ojos del amor, de un amor generador de cercanía, de consuelo, de ternura. *"Tanto amó Dios al mundo que nos envió al Hijo amado"*. La mirada de Dios se tradujo en un movimiento de encarnación. *"Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros"* (Jn. 1,14). Y el hombre, que habitaba en tinieblas, vio la luz.

La encarnación surge de la fidelidad de Dios. Toda la Escritura subraya esta fidelidad. Los Salmos 89 y 117 nos hablan de la fidelidad y de la misericordia de Dios, ambas unidas y presentes en el amor de Aquel que acompaña al hombre y vela por él. En el Antiguo Testamento el gran acontecimiento de la fidelidad está marcado por la Alianza (Ex. 19,3-8) entre Dios y su pueblo. En el Nuevo Testamento la fidelidad se hace patente y operante en la vida, muerte y resurrección de Jesús. En Jesucristo se abrazan y se besan la fidelidad de Dios para con el hombre

y la fidelidad del hombre Jesús para con Dios. Y, lo mismo que en el Antiguo Testamento (Dt. 7,7-9) Dios no se deja vencer por la infidelidad del hombre, en el Nuevo, aunque seamos infieles, El permanece fiel (2Tm. 2,11-13). Y es que Dios no puede negarse a sí mismo.

La gran afirmación de Dios a favor del hombre es Jesús encarnado, entregado y fiel por amor.

b) La mirada compasiva.

Es la mirada que Jesús ejerce por los caminos de Galilea, conmovido por un pueblo disperso y abandonado como ovejas que no tienen pastor. La mirada de Jesús es una mirada intensiva, humana y divina al mismo tiempo (Jn.1, 38). Los pobres de la tierra se sentían mirados y amados al mismo tiempo. Descubrían en Jesús a un hombre lleno de humanidad, pero también una imagen, un signo de la presencia de Dios. Quien veía al Hijo veía al Padre. Y ese era el gran descubrimiento: la presencia encarnada de un Dios Padre que cuida de sus hijos, especialmente de los más débiles y pequeños.

No es difícil imaginar la mirada de Jesús a los niños, a los jóvenes, a los discípulos, a los enfermos, a los pecadores, a las mujeres humilladas, a los samaritanos, a los ladrones crucificados y, a pesar de ello, capaces de ser buenos. El Evangelio está transido de pasajes en los que Jesús mira y desvela el fondo de verdad que late en el corazón del hombre.

La mirada compasiva expresa de forma particular esa fuerza represada en el interior de aquel que es capaz de ponerse en el lugar del otro y de sufrir por él y con él. Por eso la compasión salva. Quien se sentía mirado, acogido, tocado por Jesús experimentaba no sólo su afecto, sino la salvación que de El emanaba.

c) Capaz de escrutar el corazón del hombre.

"Tus pecados quedan perdonados" (Lc. 5, 20).

El texto del paralítico refleja con enorme fuerza lo que Jesús anuncia, su intención y su pedagogía. Todos esperaban de Jesús el milagro. Y, sin embargo, Jesús le dirá al pobre hombre: "Tus pecados quedan

perdonados". Nadie entiende y todos critican... "Pero para que sientas el poder de Dios, toma tu camilla, levántate y anda" (Cfr. Lc. 5, 17-26). ¿A dónde ir si no sabes cuál es tu destino, tu meta, tu amor,...? No se trata sólo de curar la parálisis, sino más bien de descubrir y ayudar a descubrir quién habita el corazón del hombre, cuáles son sus cadenas y cuál la salvación que Dios le regala.

De la espiritualidad cristiana forma parte esta capacidad de escrutar el corazón. A pesar de mis parálisis, ¿qué quiere Dios de mí? Siempre tendremos que descubrir lo que procede del Espíritu y lo que procede de nuestra propia carne, de nuestro temperamento o, simplemente, de nuestros intereses.

Muchas de nuestras acciones y de nuestros proyectos a favor de los pobres adolecen de esta dimensión profundamente interior y evangelizadora. Estamos llamados a curar las heridas de nuestros hermanos, pero, sobre todo, estamos llamados a sembrar en ellos la semilla del Reino, a dar sentido y consistencia a sus vidas, a recordarles que tienen dignidad, que son hijos de Dios y hermanos de los hombres.

No basta con estar bien. El bienestar se ha convertido en uno de los grandes mitos de la modernidad, sobre todo cuando se separa de la solidaridad, del compromiso social, de la compasión, y se vuelve, por fuerza de la codicia, en una aventura individualista, ajena al sufrimiento del hermano.

d) **Orar y actuar.**

Es emocionante contemplar como Jesús dedica tantos momentos de su vida al encuentro íntimo, personal, con el Padre. De noche, al amanecer, en el huerto, en el monte, en el desierto, en la sinagoga, solo o acompañado, Jesús se sostiene en una trama orante en la que encuentra sentido y fuerza. El se sostiene en el Padre y el Padre sostiene al Hijo Amado... Quizá por eso, Jesús no se cansa, no abandona y permanece fiel. La entrega de la vida va siempre unida a esta capacidad de encontrarse con Dios (Mt. 14, 23).

Si la oración fuera una manera de huir del compromiso de la entrega de la vida, no sería cristiana. La oración que te aleja de tus hermanos y del compromiso solidario está muy lejos del corazón de Dios. La oración

nos desafía a estar presentes en medio del mundo y a ofrecer a Dios sus gozos y esperanzas. Pero es esta oración compasiva la que nos pide una acción igualmente compasiva.

El discípulo está llamado a seguir al Señor en el silencio orante tanto como en los caminos donde el hombre peregrina y, tantas veces, sufre. Oración y acción van íntimamente unidas, de tal manera que una y otra se potencien y apoyen. El discípulo orante es siempre el discípulo comprometido; y el discípulo comprometido es siempre aquel que, al servicio de los pobres, enfermos y necesitados, descubre nuevos motivos para la oración. En la oración nos encontramos con Cristo y, en éste, con el sufrimiento humano.

2. LA CAPACIDAD DE AMAR.

a) **Deus est Caritas.**

El Santo Padre, Benedicto XVI, nos recordaba en su Encíclica "Deus est Caritas" que Dios es amor y que la fuerza de este amor puede cambiar y mover al hombre en la dirección del bien (1 Jn. 4, 8). Expresión de este cambio, de esta conversión, es el ejercicio lúcido y responsable de la caridad. No se trata de una dimensión "posible", sino de algo esencial y necesario para la vida de la Iglesia, un auténtico eje transversal que debe fecundar las entrañas de cualquier pastoral. Es más, el ejercicio de la caridad se sitúa en la misma entraña de una Iglesia que anuncia la Palabra y celebra la fe.

El Papa nos recuerda no sólo el valor eclesial de la caridad, sino la necesidad de promoverla de forma orgánica, al servicio de los pobres en profunda relación con la promoción de la justicia. Así, en la segunda parte de la Encíclica, aparece con claridad y enorme fuerza la necesidad de promover Cáritas en los ámbitos parroquiales y diocesanos, nacionales e internacional como expresión organizada, significativa y eficaz, del amor de Dios. De este amor la Iglesia es sacramento, signo de la presencia de un Dios que es Padre y que, por tanto, vela por sus hijos.

Y si algo nos ha recordado el Señor Jesús es, precisamente, esta dimensión compasiva del amor de Dios. No sólo con palabras e imágenes parabólicas, sino, sobre todo, con el testimonio de la propia vida entregada en los caminos y en la cruz.

El Papa hace suya la insistencia del Señor: " *Nadie puede decir que ama a Dios, a quien no ve, si no ama a su hermano a quien ve*" (1 Jn. 4, 19-21).

b) **Eros, Filia, Agape.**

Las más de las veces hablamos indistintamente del amor y no siempre precisamos su sentido. Para comprender la caridad a la que Jesús nos llama, capaz de fundar la fraternidad y de sostener la entrega de la vida, tenemos que interiorizar el sentido profundo del amor evangélico.

- El "**eros**" hace referencia al amor sensible, sexuado y, en cuanto tal, captativo y posesivo.
- La "**filia**" se refiere al amor de amistad que exige reciprocidad, una mutua corresponsabilidad y voluntad de promoción.
- Pero el "**ágape**" nos sitúa en un contexto diferente de caridad y de oblatividad. Cuando Jesús nos pide que nos amemos está hablando de este amor, cuyas características son:
 - **Un amor generoso.** Un amor tensionado en la dirección del Amor Mayor. ¡Cuántas veces el instinto de conservación, la fuerza de la codicia y el miedo a perder nuestras seguridades, nos hacen mezquinos a la hora de amar! Jesús exalta el valor de un amor cuyo premio es más amor y, por lo tanto, capaz de generar una mayor generosidad a la hora de la entrega.
 - **Un amor incondicional.** Un amor que no pone condiciones y que se da, no por lo que recibe, sino por su propio dinamismo oblativo, capaz de amar al que no ama, de servir al que no es agradecido, de perdonar a los enemigos.

- **Un amor que se anticipa**, pues siempre busca el bien del hermano, del otro, aunque diferente. La anticipación es el signo de la providencia, la actitud del que vive pendiente de los demás, siempre atento a sus necesidades.
- **Un amor que dignifica**. Muchas de nuestras relaciones están marcadas por el interés, por la compraventa de favores y de conciencias, cuando no por la manipulación o la violencia ejercida sobre el otro. El amor de caridad (el ágape) siempre respeta y promueve, sabedor de que la persona es un fin en sí mismo, que no podemos manipular ni someter. La dignidad humana será siempre para los hijos de Dios el horizonte y la exigencia éticas de nuestro compromiso.

c) **Amar como Dios nos ama.**

De esto, precisamente, se trata. No de amar de cualquier manera, sino con los mismos sentimientos de Dios, con la pasión y la entrega del Hijo Amado. De la boca de Jesús y de su mano comprendemos cómo es el corazón de Dios. No era fácil para los hombres y mujeres del tiempo de Jesús, que se quedan sorprendidos ante la presencia del Mensajero. Muchos esperaban a un libertador político que bajara de las montañas, un hombre con fuerza y poder. Pero el Señor aparecerá como un siervo, lleno de ternura y de compasión, cuya fuerza será la misericordia (Jn. 15, 13).

Cuando Jesús anuncia al pueblo la salvación, les recuerda que el Reino de Dios acontece allí donde los hombres acogen su presencia y se aman. Y, para ello, para hacer posible este amor incondicional y entregado, les recuerda, por medio de una sencilla palabra, que Dios es Padre ("Abbá"), que Dios les ama como un padre...

Para corresponder a este amor hay que subrayar la fuerza de la filiación y de la fraternidad. Somos hijos y hermanos. Tal como Dios nos ama, tendremos que amarnos y ya nada ni nadie podrá ser ajeno a este amor. Un amor que nos vuelve fuertes, tiernos, solidarios, incluyentes, entregados y generosos.

d) **El sacramento del Hijo amado.**

En Jesús encontramos el protosacramento de Dios. El es para nosotros la referencia viva de todo amor. Sin duda que son muchos los que quedan impresionados por la talla humana de Jesús. Ante ella tendríamos que preguntarnos cuál es la clave central de su esplendorosa verdad... Descubriríamos que hay algo que trasciende la simple experiencia humana, y es su permanente relación con el Padre, algo que Jesús mantiene con fuerza radical a lo largo de toda su vida. Jesús no es un azar de la naturaleza... Es obra del Espíritu Santo (Mt. 1,18-25) y sólo desde el Espíritu podremos comprender el corazón del Mensaje y las entrañas del Mensajero.

Para conocer y comprender tenemos que acercarnos a la Palabra. En ella descubriremos (así se abre la **Exhortación Apostólica Postsinodal "Verbum Domini"**) un Dios en diálogo: "Creados a imagen y semejanza de Dios amor, sólo podemos comprendernos a nosotros mismos en la acogida del Verbo" (VD, 6). Así, quien acoge la Palabra se capacita para la comprensión de la voluntad del Padre. El Papa nos insiste en esto: quien conoce y comprende la Palabra conoce el corazón de Cristo y, al mismo tiempo, conoce el corazón humano.

Siempre tendremos que hacer un esfuerzo de lectura y comprensión de la Palabra para acercarnos al misterio de Dios. Y nos toca hacerlo de la mano de Jesús. Recuerden el texto de la Carta a los Hebreos: "*En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo*" (1, 1-2).

Dios siempre se nos ha comunicado por medio de la Palabra (así, la alianza con Abrahán, Gn. 15,18; la alianza con el pueblo de Israel por medio de Moisés, Ex. 24,8; la clara denuncia profética, Is. 2,1-4 / Jr. 3,17). Esta presencia de la Palabra adquiere en Jesús su plenitud. Ya no se expresa mediante un discurso o una ley, sino mediante la persona misma de Jesús. "*Su historia única y singular es la palabra definitiva que Dios dice a la humanidad*" (VD, 11). Desde esta perspectiva se entienden las palabras del Papa en la *Deus Caritas est*: "*No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con un*

acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva" (217-218).

De esto se trata, de acercarnos a la Palabra, a la Persona de Jesús, y dejar que sea El quien nos ilumine con la fuerza poderosa de su amor. Y a nosotros, ¿qué nos toca? Dialogar con El mediante sus palabras, por medio de la oración de intercesión (Ex.33,12-26), el canto de júbilo (Ex. 15) o el mismo lamento en el cumplimiento de la propia misión (Jr. 20,7-18). La *Verbum Domini* nos recuerda el carácter dialogal de la experiencia cristiana entre Dios y el hombre, que habla, escucha, llama y mueve nuestra vida.

Es algo que experimentamos, de forma privilegiada, en el Nuevo Testamento. El constante diálogo de Jesús con el Padre nos marca el camino del encuentro con El. Fruto de ese diálogo de Jesús con el Padre y de Jesús con sus discípulos, comprendemos el corazón misericordioso de un Dios que nos recuerda que es Padre y que nosotros estamos llamados a ser hijos y hermanos. Especialmente nos ayuda a ello el rastrear los distintos espacios salvadores en los que se manifiesta el amor de Dios,

➤ **Belén** (Lc. 2,4 / Jn. 7,42 / Mt. 2,5-6).

Belén es el espacio de la encarnación. La presencia de Jesús es el fruto del amor del Padre, una presencia preparada desde antiguo, en el corazón de un pueblo peregrino. En Belén, pequeño y pobre el mundo se ensancha, pues la salvación que Dios nos regala es para todos los hombres de buena voluntad.

- **"Tanto amó Dios al mundo que envió a su único Hijo"** (Jn.3,16).

Había que restaurar a la humanidad rota por el pecado. Por eso el Padre envía al Hijo Amado, el Hijo de la misericordia entrañable.

- **"Y la Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros"** (Jn.1,14).

"Habitar", "acampar", son verbos que significan identificación y permanencia. Dios no está lejos, al contrario, está cercano, dentro de nosotros mismos. Se nos pide una correspondencia a la Gracia

que sólo es posible desde el amor y desde la correspondencia, desde la obediencia y la confianza.

María representa la humanidad receptiva, la Iglesia atenta a la presencia de su Dios. Ella será Madre y Mediadora de todas las gracias. Nos enseñará a obedecer y a orar: *"Hágase en mí según tu Palabra"* (Lc. 1,38). Es la oración de los profetas, la oración de la Iglesia, la oración de los santos.

➤ **Nazaret.**

- **"Crecer en edad, en sabiduría y en gracia"** (Lc. 2,40). (La vida interior).

La humanidad de Jesús fue una tarea admirable del Espíritu Santo. Por la acción del Espíritu Jesús crecía en edad, en sabiduría y en gracia. Es el tiempo de la vida oculta, más que oculta represada en la normalidad de lo cotidiano, en el trabajo, en las relaciones domésticas y de vecindad de la mano de María, en la oración, en el ejercicio sencillo y concreto de la caridad, en la vida de un pueblo sencillo, de una comunidad que, como cualquier otra, experimentaba la nostalgia de la salvación mesiánica. Nazaret será tiempo de aprendizaje, de interiorización, de expectación ante el futuro, de identificación con las necesidades de los pobres.

La vida interior crece allí donde el corazón humano madura. Es el tiempo, a caballo de la vida, de acercarse a la Palabra, de alimentar la esperanza, de descubrir que la propia vida forma parte del proyecto de Dios.

No hay vida interior sin este discernimiento y sin esta voluntad clara de seguir los caminos del Señor. De la misma manera que Jesús madura la compasión, el creyente tiene que madurar un corazón compasivo, abierto y solidario, siempre dispuesto a acoger, escuchar, consolar y curar al hermano. Son actitudes y disposiciones que necesitan tiempo y gracia, que hay que cuidar y, al mismo tiempo, pedir a Dios con insistencia.

- **Los caminos de Galilea** (Lc. 4,14). (El ejercicio de la caridad pastoral).

Cumplido el tiempo, llega la hora en que hay que salir a los caminos y atravesar los desiertos, y Jesús vuelve a Galilea por la fuerza del Espíritu. Hay que hacer frente a la tentación y ser confirmado por el amor del Padre. La Palabra (los cuatro evangelios lo relatan: Mt. 3,13-17 / Mc. 1,9-11 / Jn. 1,32-34 / Lc. 3,21-22) señala el Bautismo de Jesús como un momento culminante en el que Jesús adquiere una conciencia más viva de su misión mesiánica. Es el momento en el que el Padre muestra y confirma al Hijo Amado. "Este es mi Hijo muy amado", este es el Siervo, el Rey que esperabais.

- **La fuerza de la Palabra, el anuncio del Reino** (Lc. 4,14-23).

A partir de ahí Jesús predicará y anunciará el Reino. En el trasfondo del Evangelio está presente el grito de los pobres. Es la esperanza que el pueblo ora todos los días. La esperanza mesiánica está profundamente presente en la vida del pueblo. Sólo si nos ponemos en el lugar de los pobres podremos comprender el impacto de las palabras de Jesús: "Ese Reino que esperabais ha llegado ya". Nuestra gran dificultad es esta: sentir la necesidad de la salvación, especialmente cuando nos descubrimos aletargados por la fuerza de una sociedad de consumo que nos aleja de Dios. Hoy, se nos pide un mayor esfuerzo para llegar al corazón del hombre, allí donde están las preguntas últimas y los grandes vacíos... Una pastoral profunda y eficaz pasa por el encuentro con el hombre, la acogida, la escucha, la relación, la creación de tramas comunitarias y solidarias que sean realmente espacios salvadores.

En el rostro del Mensajero descubrimos el rostro del Padre, su preocupación por el hombre, su cercanía y compromiso. Desde esta cercanía, comprendemos mejor los textos en los que se manifiesta la Buena Noticia:

- o **Mc. 1,14-15:** "Ha llegado el Reino de Dios, el tiempo se ha cumplido".
- o **Mt. 4,12-17:** "Tierra de Zabulón, tierra de Neftalí camino del mar

allende el Jordán, Galilea de los gentiles, el pueblo que caminaba en tinieblas ha visto una luz grande, a los que habitaban en sombra de muerte una luz les brilló". Entonces Jesús comenzó a decir: "Conviértanse porque el Reino de Dios ha llegado".

- o La sorpresa nos la da Lucas. El texto de **Lc. 4,16-22** no dice simplemente "el Reino ha llegado", sino que dice algo más, tomado del profeta Isaías: *"El Espíritu del Señor está sobre mí; me ha ungido para anunciar el evangelio a los pobres, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y dar la vista a los ciegos, para sacar de la cárcel a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor... Hoy se cumple la palabra que acaban de oír"*.

El anuncio del Reino va unido a la experiencia de la liberación, que es experiencia de gracia y de amor compartido y solidario, experiencia de vida dada, sembrada en el corazón del hombre, hasta llegar a ser hijos y hermanos, unidos por el amor entrañable del Abbá.

Hoy, en medio de nuestro pueblo, nos toca anunciar con fuerza la presencia de Dios, ser manos de Jesús para que otros se pongan en las manos de Jesús.

El acontecer de la misericordia.

Esta experiencia, que globaliza la vida del Maestro y nuestra propia vida, se llama "misericordia". Si nos acercamos a Jesús descubriremos el valor de la misericordia entrañable. Jesús hace algo más que mirar de lejos y conmoverse... Se acerca y toca al hombre herido, cura sus heridas y toca su corazón. Por eso, al tiempo que cura la carne herida, puede perdonar los pecados.

El camino de la misericordia consiste en esto: en contemplar, tocar, curar y reconciliar al hombre con su propia verdad. La misericordia es siempre el camino para poder realizar los encuentros más profundos.

La misericordia de Jesús nos muestra esta capacidad de amar hasta el extremo, con desmesura, más allá de lo razonable. El evangelio está lleno de referencias de esta desmesura:

- Mc. 4,2b-9: el sembrador que siembra por doquier, aunque la cosecha sea escasa.
- Mc. 12,41-44: la pobre viuda que da todo lo que tiene.
- Lc. 15,4-7: el pastor que busca la oveja perdida, una entre cien.
- Lc. 1,26-28: la Santa Virgen, que consiente la voluntad de un Dios sorprendente.

Todos estos son los signos del amor incondicional de Dios y de la libertad de Jesús, que hará de la misericordia el signo privilegiado del Reino.

- **La caridad pastoral.**

Cuando nos acercamos a las entrañas de Jesús, nos damos cuenta de que el principio interior, la virtud que le anima y guía por los caminos de Galilea en medio de tantos encuentros, gestos de ternura y milagros, es el de la "caridad pastoral". Jesús aparece, sobre todo, como Pastor y Siervo que cuida y da la vida. De su mano descubrimos que no hay amor que pueda hacer la competencia a tal amor. El cristiano se debe a Cristo y a la Comunidad, también al mundo al que tiene que servir y evangelizar. Todos los demás intereses quedan relativizados a este amor de caridad que atraviesa todo el Evangelio y que hunde sus raíces en el valor de la misericordia..

¿Dónde está la raíz última de tal amor? En el mismo Cristo que, dando la vida, nos invita a entrar en este dinamismo salvador, profundamente fraterno y solidario.

Juan Pablo II, en la "Pastores dabo vobis" (PDV), refiriéndose al presbítero, imagen de Cristo, nos habla de la caridad pastoral como de *"aquella virtud con la que nosotros imitamos a Cristo en su entrega de sí mismo y en su servicio. No es sólo aquella que hacemos, sino la donación de nosotros mismos..."* (PDV, 23). Esto es válido para cualquier cristiano, llamado siempre a transparentar el amor compasivo del Señor Jesús, entregado hasta la muerte, y muerte de cruz..

➤ **Jerusalén** (el Señor que es Siervo).

- **El poder de Dios frente a los poderes de este mundo.**

Jerusalén es el espacio de la confrontación entre el poder de Dios, el poder de la fidelidad y de la misericordia, y los poderes de este mundo, representados por el mundo de la política, del templo, de los escribas y fariseos. "¿Tú eres rey?", es una pregunta inútil cuando no se comprende el valor del Pastor y del Siervo.

- **La tentación de huir y la decisión de permanecer.**

El Huerto de los Olivos es un espacio y un tiempo salvadores. Hasta ahí, huir era posible. De hecho es el momento de la desbandada y de la soledad radical. Jesús sabe en el fondo de su corazón cuál es el riesgo de la fidelidad. La carne se rebela mientras los discípulos duermen. Jesús decide permanecer y aceptar el cáliz. Quebrado por el dolor y por la angustia aceptará el camino de la cruz. Y ese será su poder, signo de contradicción para unos y locura para otros.

➤ **El Gólgota** (el amor crucificado).

- **"No hay amor más grande que dar la vida" (Jn. 15,13).**

A la luz pascual, los discípulos comprenderán el alcance de las palabras del Señor. ¿Qué significa dar la vida? El llamado "discurso sacerdotal" pone las cosas en su sitio: permanecer en el amor de Dios es sinónimo de dar la vida por él y por los hermanos. Cuando Jesús habla del amor no está diciendo cualquier cosa... Habla del amor crucificado, entregado, el amor del que da la vida. El Reino, los hermanos, los pobres de este mundo nos piden algo más que palabras. Hay una secuencia importante: el Verbo se hace carne y la carne es taladrada por los poderes del mundo, por la injusticia y el desamor. Para redimir el pecado es preciso dar la vida, estar dispuesto a perderla.

Hay, pues, una disponibilidad, una obediencia, un sacrificio que es preciso asumir y que está a la base de toda espiritualidad de la caridad.

➤ **A orillas del Lago: "Es el Señor" (Jn. 21,7).**

- **El cumplimiento de las promesas.**

La cruz había sembrado en los discípulos un profundo desconcierto. Parecía que todo hubiera terminado y que la aventura de Jesús podía darse por concluida. Pero no es así. A orillas del lago, en la noche, se oyó una voz: "Es el Señor". Es un título de fe profundamente cristológico. El muerto es el Resucitado, el Señor de nuestra vida. Es esta la gran experiencia de la Comunidad: las promesas se cumplen y todo vuelve a tener sentido, también el fracaso, la debilidad, el abandono.... Cada uno experimenta qué significa amar y ser amado y enviado a apacentar el rebaño.

Los distintos momentos y espacios salvadores nos recuerdan cuál es nuestra responsabilidad. Identificados con Cristo, también nosotros tenemos que aprender a amar y a dar la vida a favor de nuestros hermanos. Ellos nos están pidiendo un poco de amor, de solidaridad, de vida compartida. A lo largo de la historia del Señor descubrimos la historia de nuestra salvación. Pero esta salvación nunca acontecerá si antes no descubrimos el camino de la misericordia. Desde ella es preciso armar nuestra vida y nuestra respuesta al dolor del hombre.

e) **Feliz entre los pequeños.**

En los distintos momentos de su vida, Jesús ejerce una especial fascinación y provoca una gran alegría y paz, que hacía se sintieran bien todos aquellos que se encontraban con él: los niños, los dolientes, los marginados.... Jesús se sentía feliz entre los pequeños del Reino (Mc. 10, 13-16).

Hay en él una gran preocupación: que todos experimenten la misericordia de Dios. Pero hay un claro amor preferencial por aquellos que no cuentan (los enfermos, los pecadores, las mujeres, los extranjeros.... los excluidos del mundo). Desde ellos quiso proclamar e iniciar el camino del Reino. Los pobres, nos dirá Benedicto XVI en las conclusiones de **Aparecida**, "son los destinatarios privilegiados del Evangelio". Los pobres de dinero, de

oportunidades, de salud, de amor,... Todos aquellos que, amenazada su dignidad, necesitan experimentar la salvación que sólo Dios puede dar.

En este sentido, los evangelios son claros: a los pobres de la tierra, Jesús los amó con un corazón entrañable, los defendió para que pudiesen creer en un Dios providente y presente en medio de su dolor y ejerció con ellos, de forma admirable, una caridad pastoral sin límites, hasta dar la propia vida (Mt. 5, 3-10).

Jesús, como nosotros, manifiesta en sus palabras y en sus acciones lo que lleva en el corazón, *"de la abundancia del corazón habla la boca"* (Mt. 12, 34). Es la misma preferencia que Dios manifestó en el Antiguo Testamento por medio de los profetas, la preocupación por los pobres, los desvalidos, los huérfanos y las viudas.

La cercanía a los pobres, el compromiso solidario de trabajar, día a día, a favor de la justicia y de la paz, será para el cristiano uno de los signos de verificación de su propia fe, de su particular amistad con Jesús. Como él, hoy, a los cristianos nos toca ser *"buena noticia"* de la salvación para todos y ejercer un amor preferencial con los sufrientes. Conviene recordar aquí las palabras de Juan Pablo II en la *Redemptor Hominis*, 14: *"El camino de la Iglesia es el hombre"*. Esta cercanía y este compromiso a favor del hombre marca el dinamismo de la encarnación y de la presencia de Dios en medio de nosotros. No es que el hombre empobrecido, herido o angustiado sea mejor que los demás. Simplemente es el que más necesita escuchar la Buena Noticia de la Salvación.

f) **Por el amor seremos juzgados.**

El capítulo 25 de Mateo (25,31-46) es impresionante. Jesús manifiesta en él dos cosas:

- Que lo importante es el hombre en cuanto necesitado.
- Que los que excluyen de su vida a los necesitados se apartan de Dios.

A la luz de la parábola, *"amar"* significa *"dar"*, *"acoger"*, *"visitar"*, *"consolar"*, *"acercarse"*, *"curar"*,... No se trata de sentir pena por el

sufrimiento ajeno, sino de hacer algo a favor del hermano. La sorpresa se produce cuando el Rey asegura: "Cuanto hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron". Dios mismo está presente en el sufrimiento de los hermanos más pequeños. Por eso, la compasión, la capacidad de ponernos en el lugar del otro, de sufrir con él y de curar sus heridas, será nuestra gloria y nuestro juicio.

Jesús no quiere que ninguno se pierda (¿recuerdan a Zaqueo?) y, por eso, no margina a nadie. Al contrario, a todos nos da la oportunidad de ejercer la compasión, de soñar y trabajar por un mundo nuevo en el que habite la justicia y reine la paz (Cfr. Lc. 19, 1-10).

Esta, nuestra tierra, nosotros, es la tierra sobre la que Jesús ha de ejercer su reinado. Esta es la tierra que tenemos que amar y cuidar con la misma fe y con el mismo amor de Cristo.



SEGUNDA PARTE

AMAR EL MUNDO Y SU HISTORIA

1. LA FUERZA DE LA REALIDAD

a) Pobreza y pobreza.

Hay una pobreza radical que acompaña la condición humana. La nuestra es siempre una vida limitada por la soledad, la enfermedad, el cansancio, el sufrimiento, la muerte. Al mismo tiempo que el propio límite nos toca, tantas veces, experimentar el límite que los otros nos imponen: el desamor, la deslealtad, la traición,... Social y políticamente todos experimentamos la fuerza de la injusticia, de la corrupción, de la violencia,... De forma especial, las personas y los pueblos sufrimos situaciones de pobreza, de subdesarrollo, de opresión e, incluso de agresión, en función de los intereses geopolíticos o de grupos de poder.

Todo ello nos induce a pensar que no podemos hablar sólo de "pobreza", sino de "pobrezas" que, en situaciones diferentes, atentan la dignidad, la libertad y el desarrollo de personas y pueblos enteros. Son muchos los que afrontan el sufrimiento como resistencia, como lucha por la subsistencia. Y si esto, por una parte, crea en determinados ambientes una cultura fraterna y solidaria, de organización comunitaria y ciudadana, por otra parte desarrolla también un lado oscuro de nuestra vida social, en la que imperan la violencia, la corrupción y el crimen.

b) ¿Un cambio de época?

En nuestro Continente Latinoamericano, el Documento de **Aparecida** señala con fuerza: *"Nos desconciertan los grandes cambios que*

experimentamos" (DA, 20). Especialmente, las generaciones adultas educadas en una fe tradicional experimentamos la fuerza del cambio con mayor dramatismo.

Como los discípulos, también nosotros hemos encontrado en Jesús la roca, la paz y la vida. En él descansa nuestro corazón cuando contemplamos los valores, limitaciones, angustias y esperanzas de nuestros pueblos y de nuestras gentes.

En el Documento de **Aparecida** (DA) encontramos algunos motivos importantes de análisis que pueden ayudarnos a comprender mejor esta hora que nos toca vivir. Los cambios han sido tan grandes que tienen un alcance global. Factor importante han sido la ciencia y la tecnología. La historia se ha acelerado, lo cual afecta a todos los ámbitos de la vida. La realidad aparece de forma compleja y fragmentada y, ante ello, nos sentimos pequeños y, a veces, impotentes. El cambio de época ha supuesto una crisis de sentido, especialmente en lo que afecta a la unidad de la experiencia y, más concretamente, al sentido religioso de la vida. Así, la religiosidad popular latinoamericana comienza a erosionarse... Transmitir la fe de nuestros padres como hasta ahora resulta cada vez más difícil.

Y, sin embargo, no todo es negativo. Emerge con fuerza:

- El valor fundamental de la persona.
- La búsqueda del sentido de la vida.
- La necesidad de la trascendencia.
- El deseo de encontrarse con otros.
- El valor testimonial y misionero de la fe.
- La riqueza y la diversidad cultural de nuestros pueblos.

Un panorama tan complejo, ¿qué requiere de nosotros? Aparecida nos recuerda que necesitamos volver a Cristo y un nuevo ardor misionero. Al mismo tiempo, necesitamos promover, ante la fuerza de la globalización, una profunda exigencia ética.

c) **El rostro de los que sufren.**

Económicamente, junto a valores positivos de la globalización (acceso a nuevas tecnologías y mercados), el Santo Padre subraya que la globalización también comporta *"el riesgo de grandes monopolios y de convertir el lucro en el valor supremo"*.

Todo esto (la pobreza y las pobreza, los cambios acelerados y las ambigüedades de la globalización) nos llevar a los cristianos a contemplar el rostro de los que sufren. Nuestra realidad latinoamericana está marcada por la falta de desarrollo del mundo indígena, las mujeres maltratadas y excluidas, los jóvenes que reciben una educación de baja calidad y sin oportunidades de entrar en el mercado de trabajo, los desempleados, migrantes y desplazados, los subempleados e informales, los niños víctimas del abuso laboral y sexual, los drogodependientes y víctimas de enfermedades graves (VIH), los ancianos abandonados, las víctimas de la violencia y de la inseguridad ciudadana, los que sufren las consecuencias de la corrupción y de una justicia lenta e inoperante que alienta la impunidad.

En nuestra realidad Loja no basta con constatar la existencia de fuertes bolsas de pobreza, especialmente en las áreas rurales, indígenas y urbano marginales. Es preciso conocer nuestra historia de aislamiento, el significado de haber sido una provincia fronteriza en la perspectiva estratégica de "tierra quemada", ante posibles y reales agresiones, las carencias en la vialidad y la falta de inversión.

A pesar del progreso evidente, sostenido en gran parte por las remesas de los migrantes, hay que decir que el proceso de movilidad humana ha sido especialmente doloroso entre nosotros. Muchos de los nuestros salieron por causa de la pobreza y falta de oportunidades, con graves consecuencias personales y familiares, víctimas de la explotación laboral e, incluso, del tráfico de personas. Esta pérdida de capital humano ha significado para Loja un fuerte empobrecimiento.

Por otra parte, la falta de inversión productiva y de creación de puestos de trabajo hace que la mayoría de nuestros jóvenes tengan que buscar fuera lo que no pueden encontrar dentro. Es la paradoja de una Loja universitaria y, al mismo tiempo, incapaz de ofrecer a los nuevos egresados un espacio de integración y de desarrollo.

Los conflictos habidos en el área de salud y la pobreza de muchos de nuestros servicios sociales, especialmente en las áreas rurales, denotan el límite en el que muchos de nuestros conciudadanos tienen que vivir, en medio de una economía familiar de subsistencia.

d) **Caritas in Veritate.**

La Encíclica del Santo Padre Benedicto XVI, ha supuesto, en este sentido, un auténtico regalo para toda la Iglesia y, sobre todo, para aquellos que, con especiales entrañas de misericordia, trabajan a favor de los más necesitados.

Si, por una parte, la caridad aparece como la referencia esencial de la Doctrina Social de la Iglesia, por otra, caridad y justicia son inseparables. *"Sólo con una caridad, iluminada por la luz de la razón y de la fe, se podrá lograr un desarrollo realmente humano"* (CIV, 9).

Con especial énfasis, el Papa nos pide a los cristianos:

- No perder de vista la persona, la comunidad, el bien común, promoviendo una liberación integral que toque la dignidad de la persona, su promoción y su radical apertura a la trascendencia.
- Promover relaciones equitativas e incluyentes, superando así esa brecha escandalosa entre los que tienen mucho y los que no tienen nada.
- Ejercer una economía solidaria, en la que el lucro no sea el único valor.
- Globalizar no sólo la economía, sino los grandes valores de la justicia, de la solidaridad y de la paz.
- Ejercer la caridad como la mejor garantía de un mundo justo y equitativo.
- Orar con confianza. El desarrollo necesita cristianos con los brazos levantados hacia Dios, convencidos de que el desarrollo auténtico no es un logro sino un don.

La Caritas in Veritate nos sitúa ante las exigencias éticas y sociales de nuestra fe cristiana y de nuestra responsabilidad personal y comunitaria.

2. LA PRESENCIA DE UNA IGLESIA SACRAMENTAL.

No podemos olvidar que la Iglesia es sacramento de Cristo. Y, desde esta perspectiva sacramental, transparencia de su amor. Un amor compasivo, profundamente significativo y eficaz. Un cristiano, una comunidad cristiana no pueden vivir de espaldas al dolor de los más pobres y necesitados. Por eso, siempre tendremos que preguntarnos, desde una perspectiva teológica y pastoral, qué Iglesia estamos construyendo. Y no sólo a nivel global. La pregunta debe aterrizar en nuestra experiencia inmediata: qué parroquia, qué comunidad estamos construyendo. Una parroquia centrada en el culto, en las prácticas de piedad, en la simple administración de sacramentos o, más bien, una parroquia comprometida con la vida y la esperanza de los hombres y mujeres de nuestra tierra.

Al respecto, conviene recordar la triple actividad de una Iglesia sacramental y ministerial:

- El anuncio de la Palabra y la celebración de la fe.
- La iniciación y educación en la fe.
- El ejercicio de la caridad.

El cultivo de todas estas dimensiones hará de nuestra Iglesia una auténtica presencia del Señorío de Cristo. Para ello, es preciso subrayar algunos rasgos que, entre todos, tenemos que cuidar:

- Una Iglesia comunitaria y diaconal, que cuide las relaciones de fraternidad, de participación y de corresponsabilidad y, al mismo tiempo, el servicio humilde con cuantos necesitan consuelo, ayuda, promoción, esperanza.
- Una Iglesia significativa y eficaz, que ejerza el testimonio de su vida y de su fe, pero que también dé respuestas válidas a las necesidades más hondas de las personas.
- Una Iglesia samaritana y profética, que estén los caminos, cerca de las personas, que ejerza la caridad y trabaje a favor de

cuantos caminar y, especialmente, de los varados en las cunetas de la vida. Una Iglesia que sane las heridas y se comprometa en el desarrollo integral de las personas.

- Una Iglesia presente en medio del mundo y de su historia, que, lejos de encerrarse en sus intereses inmediatos, dialogue abierta y lealmente con la mundanidad, con la cultura, con los jóvenes y los pobres. Una Iglesia, en definitiva, que, desde su identidad evangelizadora, colabore con todos en la consecución de un mundo mejor.

3. **"DENLES USTEDES DE COMER".**

El Evangelio nos muestra de forma contundente la preocupación de Jesús por los pecadores, los enfermos, los pobres y excluidos. Su vida se centra en un proyecto de misericordia capaz de dar respuesta a las necesidades y al corazón del hombre. En esta línea compasiva de vivir y de amar, forma a sus discípulos, predica y actúa (Lc. 9. 13).

Cuando ve a las masas hambrientas y necesitadas, dice a sus discípulos: "Denles Ustedes de comer". La necesidad de los hermanos marca la disposición del corazón y el compromiso de la vida. No podemos permanecer indiferentes. Al contrario, tenemos que organizarnos, motivarnos, comprometernos en dar la respuesta adecuada a la necesidad.

La gran tentación es siempre mirar hacia otro lado, evadir nuestra responsabilidad y, en el fondo, ignorar que lo que no hacemos a favor de nuestros hermanos selo hurtamos al mismo Cristo.

a) **"¿Cuándo te vimos hambriento?".**

El capítulo 25 de Mateo, ya comentado, recoge las insistencias de Jesús y, al mismo tiempo, las excusas del hombre. "¿Cuándo te vimos?" (Mt. 25, 37) refleja la tendencia del hombre a volver invisible lo que no quiere ver. Cuando las personas no nos interesan volteamos el rostro y adormecemos la conciencia.

Si tenemos entrañas de misericordia no será difícil ver la realidad, juzgarla y actuar. La dureza del corazón, la falta de conciencia y de compromiso solidario hace de nosotros personas ciegas, incapaces de percibir el dolor del hermano y la presencia del Señor.

La pregunta refleja una gran incapacidad. Y, precisamente, si algo hace el evangelio es hacernos aptos para la contemplación y para el ejercicio de la caridad.

b) **Necesidad de una pastoral social, fraterna y solidaria.**

Una vez más, conviene recoger lo ya expresado en el **Plan Pastoral de nuestra Diócesis Lojana...** *"La caridad es la vía maestra de la Doctrina Social de la Iglesia", nos dice el Papa Benedicto XVI en su encíclica "Caridad en la Verdad" (CIV, 2). En la fe de Jesucristo, todas las responsabilidades y compromisos provienen de la caridad que, por boca de Jesús, es la síntesis de toda la Ley (Mt. 22, 36-40). Ella da verdadero sentido a la relación personal con Dios y con el prójimo. No es sólo el principio de las micro-relaciones (amistades, familia, pequeño grupo), sino también de las macro-relaciones (sociales, económicas y políticas) (CIV, 2).*

La Doctrina Social de la Iglesia es una innegable riqueza que ha animado el testimonio y la acción caritativa y solidaria de los fieles, verdaderos misioneros de la caridad. Innumerables iniciativas en los ámbitos social, cultural, económico y político se inspiran en los principios de la DSI. Así, es preciso subrayar, en muchas de nuestras parroquias, el desarrollo del voluntariado de Caritas al servicio de los más pobres.

La V Conferencia Episcopal Latinoamericana y del Caribe (**"Aparecida"**) nos pide asumir con fuerza la opción preferencial por los pobres de forma fraterna y solidaria, en fidelidad a nuestra más auténtica tradición, al Magisterio y a la propia DSI.

A Dios gracias, la Iglesia Ecuatoriana y nuestra Iglesia Lojana va asumiendo los desafíos de una auténtica Pastoral Social más

integradora, capaz de promover a todos los hombres y a todo el hombre desde la vida nueva en Cristo, expresando así una sensibilidad más pastoral, comunitaria y solidaria.

El establecimiento de las Caritas Diocesanas y Parroquiales avanza en la línea del Magisterio Social de estas últimas cuatro décadas promoviendo así la aparición de numerosas redes solidarias que darán un rostro más social y encarnado a nuestras Iglesias. Es más, su constitución y potenciación en nuestras diócesis y parroquias ayudará grandemente a revitalizar el tejido evangelizador y comunitario de las mismas.

c) **Caritas en el corazón de la Iglesia.**

En los últimos años, la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, por medio de la CEPAS (Comisión Episcopal de Pastoral Social), viene alentando la presencia de Caritas en el corazón de nuestras Iglesias diocesanas y parroquiales. La Pastoral Social, necesita de un organismo vertebrador de todas sus acciones y proyectos, que trascienda la inmediatez del actuar y sea capaz de crear una auténtica trama solidaria, que unifique, potencie y coordine tantas iniciativas y servicios.

Tal como se nos dice en **"Caritas en el corazón pastoral de la Iglesia"**, publicación de Caritas Ecuador, *"en el compromiso social necesitamos actuar de forma organizada"*. Lo mismo nos recordaba el Santo Padre (DCE, 29), y ello no sólo por razones de eficacia, sino de comunión eclesial. *"Una pastoral social al margen de la vida de la Iglesia o débilmente conectada con la pastoral de conjunto o con el Plan Pastoral Diocesano, no tiene sentido"* (p. 29).

Desde la necesidad de una caridad organizada, Caritas es el instrumento orgánico de la Pastoral Social. La unidad, posibilidades e imagen unificada de nuestras Caritas nos permite ofrecer un rostro social, compasivo y decididamente pastoral, en comunión de fe, de vida y de misión con todas las pastorales de la Iglesia.

Ojalá que en nuestra querida Diócesis las parroquias se vayan abriendo a esta necesidad, tanto a través de la atención primaria de los más

empobrecidos, cuanto de su promoción humana y su capacitación. Más allá de la atención primaria y de la promoción humana, nuestras Caritas tienen que ser espacios de toma de conciencia y de trabajo a favor de la justicia y de la dignidad del hombre. En cualquier caso, conviene recordar las palabras del Papa: Un justo desarrollo nos llevará siempre a afirmar que no puede haber crecimiento económico si, al mismo tiempo, no hay crecimiento personal. Esta promoción integral de la persona es, en cuanto cristianos, una de nuestras grandes preocupaciones.

Caritas se ha desarrollado de forma admirable en el mundo entero. Las Caritas parroquiales, diocesanas, nacionales y mundial han ido creando una trama solidaria que ha consentido a la Iglesia una presencia eficaz y testimonial de primer orden.

Sin duda que, a nivel Parroquial, es donde Caritas se juega su futuro, sus mayores posibilidades, pues es en la Comunidad y en el ámbito pastoral donde adquiere mayor sentido.

¿Cuáles son las tareas principales a desarrollar en una Caritas Parroquial? Señalamos algunas fundamentales:

- La animación de la Comunidad como sujeto solidario y la creación de conciencia en los fieles.
- La promoción de una auténtica espiritualidad de la caridad (cristocéntrica, evangélica, social y solidaria).
- La formación de la comunidad cristiana, especialmente en teología de la caridad, y de los responsables de la acción caritativo-social.
- La promoción de actuaciones coherentes y significativas, a fin de dar respuesta a las necesidades de la ente, de los pobres de nuestras parroquias y zonas pastorales.
- La promoción del voluntariado de Caritas, de aquellos que no sólo colaboran en una acción o servicio puntual, sino de los que estructuran su vida desde la vivencia de la misericordia y desde el servicio solidario. Sin esta trama de personas disponibles y

entregadas el desarrollo de Caritas se vuelve difícil. De aquí la importancia de cuidar la espiritualidad, la formación y el trabajo de los voluntarios y colaboradores.

Una Parroquia o comunidad cristiana comprometidas, de forma organizada, en el ejercicio de la caridad y de la solidaridad ofrece de hecho, un rostro infinitamente más evangelizador y atractivo para muchas personas, sensibles ante el dolor de los pobres, necesitan ellas mismas de entregar su vida a favor de los demás.

4. EN LA MESA Y EN LOS CAMINOS.

¿Dónde alimentar esta espiritualidad eclesial, fraterna y solidaria?

a) Una espiritualidad alimentada en torno a la Mesa.

La Eucaristía es la fuente y culmen de la vida eclesial. La mesa compartida, presidida por el Señor y participada por todos los hermanos, es el gran sacramento de la presencia del Señor y de nuestra fe (Lc. 24, 29-31).

No se trata sólo de multiplicar el pan para que todos queden saciados. Se trata, sobre todo, de que cada uno de nosotros, unidos al Señor, seamos pan para nuestros hermanos. La Eucaristía es, ciertamente, una gran fiesta solidaria, pero es, muy especialmente, el sacramento de la vida dada. La gran Pascua capaz de recordarnos que, si hoy por hoy nos toca vivir en la tensión de la ofrenda y de la comunión siempre limitadas, algún día, por el amor del Señor, compartiremos su amor y la plenitud de la gloria.

Cuando lleguemos al culmen de los cielos nuevos y de la tierra nueva, la tierra y sus bienes, en vez de dividírnoslos, se convertirá en mesa compartida en la que todos tendremos sitio y seremos para siempre hijos y hermanos.

b) Una espiritualidad nutrida por la Palabra.

La *Verbum Domini* nos recuerda que la Palabra es el fundamento de toda vida espiritual (VD, 72). Sin duda que la liturgia es el lugar

privilegiado para proclamarla, pero el encuentro con ella debe ser preparado en el corazón de cada cristiano. La Palabra nos lleva al encuentro con Jesucristo, y esta es la experiencia fundamental de toda espiritualidad.

En la Palabra descubrimos con enorme fuerza la compasión de Dios para con el hombre, su búsqueda, su ternura, su compromiso con la condición humana, con el pueblo de Israel, con los pobres del mundo. Jesús proclamará palabras, tiernas y fuertes, a favor del hombre herido. Sus parábolas (Cfr. Lc. 10) nos recuerdan su cercanía, su pedagogía, a favor del hermano herido y abandonado. Palabras y gestos nos van mostrando el corazón de un Dios, Padre y misericordioso.

c) **Salir a los caminos.**

Una Iglesia capaz de mirar la realidad con los ojos de Dios y de compadecerse ante un pueblo hambriento de pan y de esperanza, no puede vivir replegada sobre sí misma, sino que tiene que salir a los caminos a convocar a cojos y ciegos, a jóvenes y pobres, a cercanos y alejados, a todos aquellos que necesitan del amor de Dios. Aparecida insiste en el celo misionero, en el valor testimonial de la propia vida, en el anuncio del Reino, en la siembra de una Esperanza Mayor, capaz de llenar el corazón del hombre.

Nuestras ofertas pastorales necesitan algo más que subsidios, metodologías y dinámicas. Necesitan el entusiasmo y la alegría del discípulo y del testigo. Desde aquí, nos urge romper la acomodación y salir al encuentro de nuestros hermanos. ¿Cuál será nuestra tarjeta de presentación? Ojalá que, para todos, sea el rostro del Mensajero que anuncia la misericordia.

o0o

Invoco a Jesús, Nuestro Señor, y a su Santísima Madre. Que ellos derramen sobre nuestra Iglesia Lojana y sobre la Iglesia entera su infinito amor. Que la Cuaresma y, sobre todo, las fiestas Pascuales nos acerquen aún más al Señor de nuestra vida y a la vida de los pobres. Que, sobre ellos, podamos derramar la mirada compasiva de Jesús y, al mismo tiempo, comprometernos en su liberación.

Les abraza y bendice,

+ Julio, Obispo de Loja

Al filo de la Cuaresma y de la Pascua:

*Concédenos, Señor, una fe grande
para aceptar la conversión,
el cambio profundo del corazón y de la vida.
Concédenos la esperanza
para alentar el compromiso de construir la fraternidad,
de mirar al hombre con ojos fraternos y solidarios.
Concédenos un verdadero espíritu de oración,
de manera que podamos descubrirte a Ti,
Cristo Amado, siempre presente, nunca ausente de nosotros.
Llevados de tu mano,
Volveremos a la Casa,
construiremos Familia, seremos Hermanos e Hijos de la Pascua.
En Ti, Señor, confiamos. Amén*